

En el nombre de Dios, el Compasivo, el Misericordioso

Relato del martirio de Imam Husein, de la Familia del Santo Profeta y de sus partidarios

Ibrahim Husain Anger

Biblioteca Islámica Ahlul Bait (P)

Título: Relato del martirio de Imam Husain, de la Familia del Santo profeta y de sus partidarios

Autor: Ibrahim Husain Anger

Traducción: Basada en las traducciones de Husain Abdus Salam Loosveldt y Alia Solé

Editor de la versión original impresa: Suplemento publicado con el nº 24 de la revista AL-THAQALAYN (Francia)

El Imam ‘Ali, que la Paz de Allah sea con él, relató:

“Un día, entrando en Casa del Mensajero de Allah —que la Paz y las Bendiciones de Allah sean sobre él y su Familia— vi como en sus ojos desbordaban las lágrimas. Le pregunté:

- *¿Qué te hace llorar, oh Mensajero de Allah?*

- *El ángel Yibril acaba de dejarme. Me ha informado que Husain será matado cerca del Eufrates... ¿Quieres sentir la tierra donde lo matarán?*

Alargó la mano, recogió un puñado de tierra y me la dio. Entonces, no pude impedir que se derramaran mis lágrimas...”.

(Recogido por Ahmad Ibn Hanbal)

Relato del martirio de Imam Husain, de la Familia del Santo profeta y de sus partidarios

¡Habitantes de Kufa, Ubaydullah Ibn Ziyad, vuestro gobernador, ha ordenado el arresto de Muslim el Ibn Aqil, el enviado de Husain Ibn 'Ali, que ha rehusado jurar obediencia al Califa. Cualquiera que ayude a Muslim Ibn Aqil, de una manera u otra, será considerado en rebeldía hacia el Califa. Será colgado y descuartizado, toda su familia será ejecutada y todos sus bienes serán confiscados. Que los que ayudaron a Muslim en el pasado se arrepientan y aporten datos a la guardia que permitan descubrir el escondite del rebelde. Así se beneficiarán así de la clemencia del gobernador Ubaydullah!.

El pregonero se alejó, para ir a divulgar su mensaje en otro lugar de la ciudad. El Adhan llamando a la oración del Mágrib sucedió la proclama. Muslim se puso en pie, alzó los brazos para el Takbir de entrada a la Oración. Cuando hubo acabado miró tras de sí. La Mezquita estaba vacía. Un hombre, uno solo, Hani Ibn Urwah, quien albergaba a Muslim, había rezado detrás de él. Todos los demás se habían ido, uno tras otro...

Los dos hombres intercambiaron algunas palabras. Hani salió de la mezquita para llevar a lugar seguro a los dos hijos de Muslim, antes de intentar dejar Kufa para alertar lo más rápidamente posible al Imam Husain (que la Paz de Allah sea con él). Pero, apenas

había llegado a su casa, cuando fue rodeado por los hombres de Ubaydullah. Hani se defendió con valentía, pero muy pronto sucumbió ante la cantidad de los que le acosaban. Fue encadenado y arrastrado al palacio del gobernador. Cuando la noticia de su detención fue dada a conocer, los guerreros de la tribu de los Mazij, de la cual Hani era el jefe, rodearon el palacio exigiendo su liberación. Ubaydullah tuvo que negociar y les prometió que sería bien tratado y que no tenían motivos para preocuparse por él.

Mientras tanto, Muslim había salido de la mezquita. Andaba perdido por las callejuelas de Kufa, sin saber donde esconderse para pasar la noche. Paró cerca de una casa y se sentó a descansar un poco. Se abrió la puerta de la casa. Apareció una mujer anciana:

- *¿Qué deseas, extranjero?. ¿Qué buscas por aquí a esta hora tan tardía?*

- *Tengo sed, ¿puede ofrecerme un poco de agua?*

La anciana entró en la casa y volvió con un cuenco lleno de agua que dio a Muslim. Éste le dio las gracias, bebió y quedó allí sentado.

- *¿Por qué no te levantas?, ¿por qué no te vas?, ¿quién eres?*

- *No sé donde ir. Soy extranjero... Vengo de la ciudad del Enviado de Allah. Estoy aquí desde hace algunas semanas por invitación de los habitantes de Kufa. Eran miles los que me aclamaban cuando llegué. Hoy, ni uno solo me dejaría entrar en su casa...*

- *¡Eres Muslim!. ¡Tú eres el que la guardia busca!. ¡Rápido, entra en mi casa!*

- *¡Que Allah te bendiga, madre!, pero no puedo aceptar tu ofrecimiento, correrías un peligro demasiado grande.*

- *¡Entra te digo!. ¡Eres el enviado de Husain!. ¡Tu eres el primo y el hombre de confianza de mi Imam!. ¿Cómo podría mirar a Fátima la Resplandeciente, el Día del Juicio, cuan-*

do ella me dijera: “Tawah, el enviado de mi Husain vino a ti perseguido por la guardia de Yazid, sin amigo, sin defensor y lo rechazaste...”. ¡Entra y escóndete en mi casa, hijo mío!

Muslim entró. Se escondió en un rincón de la casa. Como si presintiera que esa noche era su última noche, decidió velar en oración.

Cuando el hijo de Tawah volvió a casa, la anciana no supo ocultarle que había ofrecido asilo al hombre que toda la guardia del Califa estaba buscando. Engañando a su madre mediante mentiras, el traidor encontró un pretexto para salir de casa en plena noche. Se precipitó hasta el palacio de Ubaydullah. Cuando volvió a su casa, setenta hombres armados hasta los dientes le acompañaban. Muslim oyó los caballos, comprendió lo que estaba pasando. Se levantó de un salto y empuñando su espada se lanzó hacia la puerta. Tawah también los había oído y había comprendido que su hijo los había traicionado. Le suplicó a Muslim que no dudara de ella y él le aseguró que estaba convencido de su sinceridad. Muslim saltó al callejón. Se encontró cara a cara con los hombres Ubaydullah. Durante varias horas peleó contra los que venían a arrestarle. Estos, sin conseguir vencerlo, lo hirieron y le lanzaron flechas desde lejos, piedras y objetos ardiendo. Luego le obligaron a replegarse hacia un sitio donde habían excavado una trampa en el suelo. Solo así consiguieron capturarlo. Muslim fue conducido al palacio del gobernador. Ubaydullah ordenó que le cortaran la cabeza. Luego, el cuerpo del primer mártir del Levantamiento de Husain (que la Paz de Allah sea con él) fue arrojado desde lo alto de las murallas del palacio.

Hani fue conducido al mercado de ovejas de Kufa, para ser el también decapitado. Llamó a los miembros de su tribu:

- ¡Socorro, los de Mazij!. ¡Soy el hijo de Urwah, vuestro jefe!. ¿No hay nadie que venga a defenderme hoy?.

Pero el clima de terror que Ubaydullah imponía desde hacía algunos días empezaba a producir sus efectos. También corría el rumor que el ejército de Damasco estaba casi a las puertas de la

ciudad. Cien mil hombres llamados en refuerzo... Ni un solo Mazij vino a socorrer a su jefe. La cabeza de Hani también fue cortada. Los cuerpos de ambos Mártires fueron arrastrados por caballos en las calles de Kufa, para asustar aún más a la población. Sus cabezas fueron enviadas a Damasco, como regalo para Yazid, el Califa Omeya.

Antes de la llegada a Kufa de Ubaydullah, el gobernador nombrado por Yazid, y de sus tropas, Muslim había escrito al Imam Husain (que la Paz de Allah sea con él) para informarle del estado de la misión que le había encomendado. Los habitantes de Kufa, y los de otras ciudades de Iraq, habían enviado cartas y delegaciones al Imam Husain (que la Paz de Allah sea con él):

- ¡Te esperamos, oh hijo del Enviado de Allah!. ¡No queremos otro Califa que tú!. ¡Ven, ponte a la cabeza de nuestros ejércitos!. ¡Ven!. ¡No nos abandones!.

Pero había que ser prudentes. Las gentes de Iraq ya habían traicionado al Imam ‘Ali (que la Paz de Allah sea con él) y al Imam Hasan (que la Paz de Allah sea con él). Muslim debía, pues, precisar el grado de sinceridad de estos mensajes y organizar la venida a Kufa del Imam. La situación le había parecido propicia a una sublevación y había informado de ello a su primo, el Imam Husain (que la Paz de Allah sea con él).

Cuando recibió la carta de Muslim, el Imam Husain (que la Paz de Allah sea con él) decidió acudir sin demora. Tenía total confianza en su primo. Temía, por otra parte, que Yazid Ibn Moawiyah, el Califa Omeya, lo hiciera asesinar en la Meca. No quería que esta Ciudad Santa, donde incluso está prohibido matar un insecto, fuera profanada por su propia sangre.

Había, pues, marchado del recinto sagrado el 8 del mes de Dhul Hiyya del año 60 de la Hégira, la víspera del día de Arafat. A quien se extrañaba que no esperara el fin del peregrinaje le había contestado que iba a ofrecerse a si mismo en Sacrificio en Iraq.

De camino, encontró peregrinos que le dieron algunas informaciones:

- Los corazones de las gentes están contigo, pero sus espadas están del lado de los Omeyas... No obstante es en el Cielo donde se decide el destino y Allah hace lo que Él quiere.

A medida que avanzaba hacia Iraq, la caravana que acompañaba al Imam Husain (que la Paz de Allah sea con él) crecía. Un mensajero fue enviado a Kufa. Capturado, le fue ordenado, a cambio de salvar la vida, insultar al nieto del Profeta (Las Bendiciones y la Paz de Allah sean con él y con su Familia) desde el púlpito. Pero, en vez de eso, el valiente compañero del Imam llamó a las gentes a sublevarse contra Ubaydullah y su dueño Yazid. Fue arrojado vivo desde lo alto de los muros del palacio. Un segundo mensajero del Imam Husain (que la Paz de Allah sea con él) sufrió la misma suerte.

Noticias sobre la realidad de la situación llegaron por fin al Imam Husain (que la Paz de Allah sea con él). Ordenó hacer parada y se dirigió a quienes le acompañaban:

- Nuestros partidarios nos han abandonado. Que los que quieran irse se vuelvan a sus casas. No tienen obligación alguna hacia nosotros.

Todos los se habían juntado a la caravana durante el camino se dispersaron. Solo quedaron con el Imam Husain (que la Paz de Allah sea con él) sus próximos y los shi'itas que le acompañaban desde la Meca, así como la mujeres y niños de la Familia del Profeta.

El Imam Husain (que la Paz de Allah sea con él) y sus compañeros reanudaron su marcha. Pronto fueron interceptados por un primer destacamento del ejército de Yazid y obligados a cambiar de ruta. El día 2 del mes de Muharram del año 61 de la Hégira tropezaron con otro cuerpo del ejército, compuesto de cuatro mil hombres. Fueron obligados a pararse.

- ¿Como se llama este lugar?. Preguntó el Imam Husain (que

la Paz de Allah sea con él).

- ¡Karbala!.

- ¡Oh, Allah!. ¡En Ti me refugio contra la aflicción (Karb) y la desgracia (Bala)!.

Y añadió:

- ¡Descabalgad vuestras monturas. Hemos llegado al final de nuestro viaje. Es aquí donde vamos a verter nuestra sangre y donde seremos enterrados. Eso es lo que me confió mi abuelo, el Enviado de Allah!.

El 7 de Muharram, el ejército tomó posiciones para impedir el acceso al Eúfrates de los compañeros del Imam Husain (que la Paz de Allah sea con él) y así privarles de agua. El 8 de Muharram, los hombres de Yazid se acercaron al campamento del Imam y, a medida que pasaban las horas, fueron dando pruebas de creciente agresividad. Tenían sus lanzas y espadas preparadas como si fueran a dar la orden de ataque. Los incidentes se multiplicaban.

El Imam Husain (que la Paz de Allah sea con él) envió su hermano Abbas a preguntarles que querían exactamente:

- ¡Que Husain se someta!. ¡Que jure fidelidad al Califa, si no le combatiremos!.

La noche del 9 de Muharram, el Imam Husain (que la Paz de Allah sea con él) encargó a Abbas negociar un último plazo. El Imam y sus compañeros podrían así disponer de una última noche para prepararse al Martirio.



Pasaron la noche en oración. Los compañeros del Imam Husain (que la Paz de Allah sea con él) se hicieron mutuamente las últimas recomendaciones. El Imam reunió a todos los que le acompañaban. Les dijo que sus enemigos solo le buscaban a él y les propuso apro-

vechar la oscuridad para huir. Incluso apagó las luces con el fin que todo aquel que quisiera marchar pudiera hacerlo sin ser visto por sus compañeros. Nadie aceptó abandonar a su Imam. Todos querían morir con él y estar con él en el Jardín.

A mitad de la noche, Hur, uno de los comandantes del ejército de Yazid, el mismo que había obligado al Imam Husain (que la Paz de Allah sea con él) a cambiar de ruta, se acercó al campamento. Su hijo y su esclavo (a quien amaba tanto como a su hijo) le acompañaban. Cuando aconteció su primer encuentro, en pleno desierto, el Imam Husain (que la Paz de Allah sea con él) había ofrecido el agua de que disponía a Hur y a sus soldados sedientos. Incluso había dado de beber a sus agotados caballos. Hacía ya tres días que el campamento del Imam estaba privado de agua, la mujeres y, sobretudo, los niños sufrían terriblemente debido a la sed. Al día siguiente, al alba, se daría la orden de ataque, el nieto del Profeta (Las Bendiciones y la Paz de Allah sean con él y con su Familia) y sus compañeros masacrados... Hur no se perdonaba su papel en este asunto. El arrepentimiento había invadido su alma, y no pensaba en otra cosa que no fuera la respuesta que tendría que dar a la pregunta que sin duda le plantearía su Creador el Día del Juicio. Tenía que escoger claramente entre el Infierno y el Paraíso. Puede que aún estuviera a tiempo de obtener el Perdón... No había lugar a dudas. Cuando estuvo en presencia del Imam Husain (que la Paz de Allah sea con él) Hur cayó de rodillas. Con la voz entrecortada por el llanto dijo:

- ¡Hijo del Profeta, perdóname!. No pensaba que mi acción pudiera tener tales consecuencias. Permíteme que rectifique defendiendo tu vida y permitiendo que mi hijo defienda la vida de tus hijos!.

El Imam Husain (que la Paz de Allah sea con él) hizo levantar a Hur y, cogiéndole entre sus brazos, lo abrazó:

- ¡Hur, amigo mío!. No tengo la menor queja hacia ti. Tu coraje y tu desinterés por las cosas de este bajo mundo se

han añadido a tu valor moral. Eres mi invitado. Perdona que no pueda ofrecerte nada de comer ni de beber.

La vigilia de Oración prosiguió. Los compañeros del Imam Husain (que la Paz de Allah sea con él) le rodeaban, y todos se dedicaban a recordar a su Creador. Se prometieron mutuamente que, mientras estuvieran vivos, harían lo posible para que el nieto del Santo Profeta (Las Bendiciones y la Paz de Allah sean con él y con su Familia) no sufriera ningún daño.

Llegó el alba. ‘Ali Akbar, uno de los hijos del Imam Husain (que la Paz de Allah sea con él), recitó el Adhan. Le contestó una lluvia de flechas, lanzadas por el ejército de Yazid. Los compañeros del Imam se separaron en dos grupos. Mientras unos rezaban tras él, los demás se mantenían de pie, prietos los unos contra los otros, formando una muralla con su cuerpos, tan bien que los que cumplían con la plegaria no fueron alcanzados por flecha alguna. Los héroes que formaban este escudo humano recibían las flechas afiladas en sus carnes sin desfallecer y sin queja alguna. Cuando todos hubieron acabado la observancia de la Oración del Alba, veintitrés de los setenta y siete compañeros del Imam Husain (que la Paz de Allah sea con él) estaban gravemente heridos.

Salió el sol. Los tambores de guerra del ejército Omeya empezaron a retumbar. Al mismo tiempo, cerca de cinco mil soldados sedientos de sangre gritaban al Imam Husain (que la Paz de Allah sea con él) que enviara sus hombres al combate... sus setenta y siete valientes compañeros.

Empezaba el día de Ashura...



Antes de entrar en Batalla, el Imam Husain (que la Paz de Allah sea con él) intentó razonar por última vez con los asaltantes, con la esperanza que los que no se habían dado cuenta de la gravedad de lo que iban hacer pudieran evitar participar en un crimen y

un pecado imperdonables. Les recordó los miles de mensajes que los suyos le habían enviado para invitarle a Iraq y presentarle homenaje de obediencia, para defender a su lado el Mensaje del Islam. Pero sus discursos fueron en vano. Sus patéticas llamadas no fueron oídas por esos hombres ávidos de dinero y sedientos de poder. El Imam Husain (que la Paz de Allah sea con él) no se desesperó. Hizo avanzar su caballo un poco más cerca del ejército Omeya. Levantó el Santo Corán y dijo:

- *¡Soldados de Yazid! ¡Tenemos en común el Libro de Allah y la Sunna de mi abuelo, el Mensajero de Allah!*

Nadie reaccionó. Él insistió:

- *¿Acaso no veis que llevo la espada del Mensajero de Allah, su traje de guerra y su propio turbante?.*

- *Sí, ya lo vemos.*

- *¿Por qué, pues, queréis combatirme?*

- *¡Para obedecer las ordenes de nuestro amo Ubaydullah Ibn Ziad!.*

Entonces el Imam Husain (que la Paz de Allah sea con él) se dirigió a ‘Umar Ibn Saad, el comandante del ejército de Yazid:

- *¡‘Umar!. ¡Quieres matarme para que aquel que ha usurpado el Califato te nombre gobernador de media Persia. ¡Por Allah!, no tendrás ese placer. Hazme lo que tengas previsto hacerme, pero te juro que nunca tras mi muerte conocerás alegría alguna, ni en este mundo ni en el Otro!. Veo tu cabeza atada a un bastón y los niños de Kufa jugando con...*

Exasperado por esta predicción, ‘Umar Ibn Saad cogió su arco, colocó un flecha y la lanzó gritando:

- *¡Ser testigos que soy el primero en haber disparado!.*



Hur le suplicó al Imam Husain (que la Paz de Allah sea con él) que les permitiera, a él mismo, a su hijo y a su esclavo, ser los primeros en combatir. Sin duda, Hur esperaba convencer así a los miles de hombres que habían estado bajo su mando de sumarse a ellos y sostener al nieto del Enviado de Allah (Las Bendiciones y la Paz de Allah sean con él y con su Familia). Cabía la posibilidad que, entonces, los demás soldados se unieran a ellos o, tal vez, dudarán en combatir un enemigo bastante más numeroso que el que estaban a punto de atacar. Hur podía tener la esperanza de impedir así que tuviera lugar la masacre que había contribuido a preparar.

Habiendo obtenido el acuerdo del Imam Husain (que la Paz de Allah sea con él), Hur, su hijo y su esclavo montaron sus caballos y avanzaron hacia las líneas enemigas. Se detuvieron cuando estuvieron cerca del ejército de Yazid. Hur empezó a arengar a sus antiguos hombres. Les habló con gran elocuencia, apoyando su argumentación en numerosos Versículos del Santo Corán. Les explicó porqué había escogido alinearse del lado de la Verdad y de la Justicia, bajo la bandera del Imam Husain (que la Paz de Allah sea con él), y los instó a reflexionar sobre las consecuencias que sin duda tendría para ellos el hecho de haber combatido y matado el nieto del Profeta (Las Bendiciones y la Paz de Allah sean con él y con su Familia), que tanto lo había querido. Les habló de la elección que tenían que hacer entre el Paraíso y el Infierno... Sus palabras tuvieron un efecto extraordinario en sus antiguos soldados. Shimr Ibn Jawshan, uno de los jefes del ejército Omeya se percató del cambio que se llevaba a cabo en el corazón y el espíritu de los hombres. Instó a ‘Umar Ibn Saad, el comandante en jefe del ejército, a atacar masiva e inmediatamente a los tres hombres, pues la situación corría el riesgo volverse favorable al Imam Husain (que la Paz de Allah sea con él). Una recompensa fabulosa fue prometida a los que mataran Hur y sus dos compañeros.

Los tres hombres dieron pruebas de tanto valor y destreza que ellos solos mataron decenas de enemigos. El hijo de Hur fue el primero en ser matado y después vino el turno de su esclavo. Hur

seguía haciendo estragos en las filas del ejército de Yazid. Pero sus numerosas heridas le habían hecho perder mucha sangre. Un aturdimiento le hizo caer del caballo. Al llegar la hora de su muerte deseó oír una vez más del Imam Husain (que la Paz de Allah sea con él) que éste le había perdonado. Así, le llamó con todas sus fuerzas, antes de perder el conocimiento.

Cuando oyeron el grito de Hur, el Imam Husain (que la Paz de Allah sea con él) y Abbas saltaron sobre sus caballos. Empuñando el sable, atravesaron las filas enemigas, hasta llegar a donde yacía Hur. El Imam Husain (que la Paz de Allah sea con él) llegó el primero. Levantó la cabeza de Hur y la puso sobre sus rodillas. Luego escurrió la sangre que cubría su rostro y vendó la amplia herida abierta en su cráneo con un pañuelo que Fátima, su madre, había tejido ella misma. Hur abrió los ojos, era incapaz de hablar, pero fijó sus ojos de lleno en los ojos del Imam. Éste entendió lo que el moribundo quería saber. Puso su mano en la cabeza de Hur y rezó:

- ¡Que Allah te otorgue Sus Bendiciones por lo que has llevado a cabo hoy para defenderme!.

Al oír estas palabras, Hur expiró, su cabeza aún descansaba sobre las rodilla del Imam Husain (que la Paz de Allah sea con él). Éste y Abbas levantaron su cuerpo sin vida y lo transportaron hasta el campamento.

Después de Hur vino el turno de cada uno de los valientes y devotos shi'itas del Imam Husain (que la Paz de Allah sea con él). Cada uno de ellos reivindicaba el honor de sacrificar su vida en primer lugar. Cada uno de ellos ardía del deseo de morir defendiendo la vida del nieto del Enviado de Allah (Las Bendiciones y la Paz de Allah sean con él y con su Familia) y de sus próximos que ellos querían más que a ellos mismos y que a sus parientes.



Habib Ibn Mazahir estaba ligado al Imam Husain (que la Paz

de Allah sea con él) desde su más tierna infancia. Un día, en Medina, cuando Habib tenía tal vez ocho años, el Santo Profeta (Las Bendiciones y la Paz de Allah sean con él y con su Familia) había pasado cerca de un grupo de niños que estaban jugando. Habib estaba entre ellos. El Profeta (Las Bendiciones y la Paz de Allah sean con él y con su Familia) lo cogió, lo levantó entre sus brazos y lo besó con tanto amor que los Compañeros presentes se sorprendieron. Ciertamente, todos conocían el afecto que el Mensajero de Allah sentía por los niños, pero no entendían tales demostraciones por este niño concreto y anónimo. Entonces, el Santo Profeta (Las Bendiciones y la Paz de Allah sean con él y con su Familia), con los ojos llenos de lágrimas declaró:

- He visto con mis ojos como Habib seguía a Husain con devoción allí donde fuere. Lo he visto abrazar el suelo rozado por Husain. Y veo un día en el que este mismo niño demostrará su amor por Husain de una manera que su nombre se volverá inmortal.

Cuando llegó a Karbala, lo primero que hizo el Imam Husain (que la Paz de Allah sea con él) fue escribir a Habib, quien se encontraba en Kufa, para informarle de la situación en que se encontraba.

A penas recibió la carta del Imam Husain (que la Paz de Allah sea con él) Habib decidió acudir en su ayuda. Informó a su esposa de su decisión, ofreciendo devolverle la libertad, si lo deseaba, y darle todos sus bienes. La noble dama contestó:

- Estoy orgullosa de la decisión que has tomado: sacrificar tu vida para defender al Imam Husain. Eras feliz que el nieto del Profeta te considerara su amigo de la infancia, ha demostrado cuanta confianza tiene en ti, puesto que solo a ti ha escrito pidiendo ayuda. ¡Ve pues y que Allah te guarde!.

Habib no pensaba más que en una cosa: alcanzar Karbala lo más pronto posible, llegar a tiempo para defender a su Imam. Escogió como confidente a su esclavo a quien confió la tarea de condu-

cir su caballo a cierto lugar, desde el cual saldría hacia Karbala esa misma noche. Cuando llegó cerca del lugar de la cita, oyó a su esclavo impacientarse:

- ¿A qué se debe que mi amo tarde tanto?. ¿Acaso ha sido detenido?. Si se trata de eso, yo mismo iré al encuentro del Imam Husain para asegurarle que mi amo no lo ha abandonado, sino que le han impedido venir. ¡Sería el acierto de mi vida si pudiera entonces combatir y verter mi sangre por el nieto del Enviado de Allah!.

Habib pidió las Bendiciones de Allah para su esclavo y lo liberó en el acto. Alcanzó el campamento del Imam Husain (que la Paz de Allah sea con él) durante la noche del 9 al 10 de Muharram. El Imam había distribuido armas a sus compañeros y había guardado un equipo completo de reserva. Alguien le había preguntado por qué razón no distribuía también esas armas. El Imam Husain (que la Paz de Allah sea con él) había contestado:

- Habib, el más querido de mis amigos, va a venir: lo he llamado. Estas armas son las tuyas.

Habib combatió como solo combaten los que son animados por la Fe. Y cuando recibió el Martirio, expiró con el corazón satisfecho de no haber decepcionado aquel a quien tanto quería.



Muslim Ibn Awsaja era un venerable compañero del Santo Profeta (Las Bendiciones y la Paz de Allah sean con él y con su Familia). Era mayor de ochenta años, el peso de los años había doblegado su espalda, pero no había debilitado en nada el celo con que servía a la causa de la Verdad.

Había visto al Santo Profeta (Las Bendiciones y la Paz de Allah sean con él y con su Familia) abrazar con amor a su nieto Husain (que la Paz de Allah sea con él). Había visto al Santo Profeta (Las Bendiciones y la Paz de Allah sean con él y con su Familia) bajar

precipitadamente de su púlpito de la Mezquita de Medina, interrumpiendo su sermón, para coger en sus brazos y consolar a Husain (que la Paz de Allah sea con él) quien se había caído al pillarse el pie en una alfombra de fibras de palmera. Había visto como, un día del Id, el Santo Profeta (Las Bendiciones y la Paz de Allah de Allah sean con él y su Familia) había corrido por las calles de Medina llevando sobre sus espaldas a Hasan y a Husain, imitando el grito del camello, porque los niños habían expresado su deseo de dar un paseo sobre la espalda de dicho animal. Un compañero del Santo Profeta (Las Bendiciones y la Paz de Allah sean con él y con su Familia) había exclamado:

- *¡Qué maravillosa montura han encontrado estos niños!*

- *¡No!*, –había contestado el Profeta (Las Bendiciones y la Paz de Allah sean con él y con su Familia)–, *¡Mejor di: con qué mejores caballeros he sido gratificado!*

Este venerable testimonio de la Revelación, este fiel shi'ita del Imam 'Ali (que la Paz de Allah sea con él) y luego del Imam Husain (que la Paz de Allah sea con él) no podía imaginar un solo instante que tuviera que abandonar a su Imam en momento tan crítico. El Imam hacía cuanto podía para convencerle que a su edad era impensable ir al combate. Pero si bien la edad había gastado las fuerzas de Muslim, no obstante la llama del amor por la Familia del Profeta que consumía su alma lo sostenía y se añadía a su inflexible determinación en defender a aquel que había visto ser abrazado por el Profeta tantas veces.

Con más de ochenta años, Muslim se lanzó a la batalla y ofreció hasta la última gota de su sangre por defender al Imam Husain (que la Paz de Allah sea con él).



Burair Hamadani era un guerrero intrépido. Sus proezas en los duelos lo habían convertido en un personaje legendario. Cuando

entendió que ‘Umar Ibn Saad y sus soldados tenían la intención de matar a Husain (que la Paz de Allah sea con él), se había jurado hacerles probar el sabor de su espada, esa espada que había sembrado el terror en el corazón de tantos valientes guerreros... El Imam Husain (que la Paz de Allah sea con él) había tenido dificultades para retenerlo y hacerle entender que su intención no era atacar al enemigo sino morir como Mártires.

Fue Burair Hamadani quien reunió a todos los compañeros del Imam Husain (que la Paz de Allah sea con él) y les había puesto en guardia contra un posible ataque nocturno:

- ¡Si mataran al nieto del Enviado de Allah estando nosotros aún en vida, la vergüenza y el deshonor estaría con nosotros hasta el fin de nuestros días. Hiciéramos lo que hiciéramos el resto de nuestra vida, nada podría borrar esta infamia!.

También fue Burair Hamadani quien, una noche, cuando montaba guardia, oyó una conversación entre el Imam Husain (que la Paz de Allah sea con él) y su hermana Zaynab. Ésta preguntaba al Imam (que la Paz de Allah sea con él) si estaba seguro de sus shi'itas, si pensaba que éstos combatirían para defenderlo o si, en cambio, temía que le abandonaran. Burair despertó inmediatamente todo el campamento, se plantó ante Zaynab e, inclinando la cabeza delante de la hija del Imam ‘Ali (que la Paz de Allah sea con él) y de Fátima la Resplandeciente (que la Paz de Allah sea con él), le declaró que era para él una cuestión de honor combatir y morir por defender al Imam Husain (que la Paz de Allah sea con él) y la familia del Profeta (PBd). Y Burair pidió a cada uno de los presentes que asegurasen de igual modo a Zaynab.

Fue también Burair Hamadani quien, viendo llorar de sed a un niño, agarró una bota y, acompañado de algunos compañeros del Imam Husain (que la Paz de Allah sea con él), se abrió camino a través de las líneas enemigas hasta llegar al río. Los hombres de ‘Umar Ibn Saad los interpelaron. Burair contestó:

- ¡Soy Burair Hamadani, shi'ita de Husain!. ¡Vengo a bus-

car agua para dar de beber a los niños que se mueren de sed!

Los soldados contestaron a Burair que él y sus compañeros podían beber tanto como quisieran, pero que ni una gota debía llegar al campamento asediado. Burair insistió, hablándoles del sufrimiento de los niños privados de agua en ese desierto aplastado por el calor. Los soldados se burlaron de él y de sus sentimientos. Entonces Burair se encolerizó. Él y el puñado de amigos del Imam que le acompañaban dispersaron en un instante al regimiento que guardaba el acceso al río. Y fue con el corazón lleno de satisfacción y de orgullo por haber cumplido su deber que Burair trajo al campamento una bota llena de agua.

Los niños gritaron de alegría al verlo y se precipitaron para apagar su sed... Por desgracia, en su arrebato se empujaron y uno de ellos cayó encima de la bota reventándola. Ni uno de ellos pudo beber ni siquiera una gota. Burair no pudo reprimir las lágrimas viendo que todos sus esfuerzos no habían servido para nada.

Burair Hamadani se adelantó en el campo de batalla. Muchos fueron los enemigos que le precedieron en la muerte. Luego Burair recibió el martirio a que tanto aspiraba.



Uno tras otro, los fieles shi'itas del Imam (que la Paz de Allah sea con él) avanzaron hacia al enemigo. Uno tras otro combatieron con ahínco. Uno tras otro enviaron al infierno un gran número de secuaces de Yazid. Cuando les llegaba el turno de hundirse debido a las numerosas heridas recibidas, gritaban en dirección al Imam Husain:

- ¡Oh Maestro!. ¡Te envió mis últimos saludos!.

Entonces, cada vez, el Imam Husain acompañado de su hijo 'Ali Akbar, se lanzaba empuñando su sable, hasta su amigo con tal de reconfortarle en sus últimos instantes.

Desde la mañana, el Imam Husain no dejó de asistir de dicha manera a sus fieles, cogía en sus brazos sus cuerpos sin vida y los llevaba, uno tras otro, hasta el campamento. Lloraba abundantemente sobre cada uno de ellos, acordándose del afecto que le tenían y de su espíritu de sacrificio. La muerte de cada uno de sus fieles amigos era para el Imam Husain una herida dolorosa. Estos hombres valientes no tenían sus familia cerca, en Karbala, para poder rendirles el último homenaje y llorar sus muertes. Pero los corazones de las hermanas y los hermanos del Imam Husain, así como las damas de su Casa, lloraban como lo hubieran hecho por sus propios hermanos o hijos.



Wahab Ibn Abdallah era un joven muchacho. Se había casado apenas hacía dos días cuando, volviendo a su casa con su madre y su joven esposa, pasó por Karbala. Vio una gran concentración de tropas rodeando un pequeño campamento. Se acercó a por noticias y así se enteró que el ejército de Yazid estaba a punto de masacrar al nieto del Santo Profeta (PBd) quien rechazaba acatar la “dirección espiritual” de este Califa desenfrenado. La madre de Wahab, una mujer valiente y fiel shi’ita del Imam ‘Ali (que la Paz de Allah sea con él), vivía en Damasco cuando reinaba Muawiyah, el padre de Yazid. Había denunciado públicamente su tiranía y su desviación religiosa, lo cual le valió ser encarcelada y torturada, antes de ser finalmente expulsada de la ciudad. Había transmitido a su hijo el amor sin fisuras que sentía por los Santos Imames. Fue pues sin titubeos que los tres viajeros se juntaron al Imam Husain y a sus pocos defensores.

Desde la mañana, Wahab no había dejado de suplicar al Imam Husain que le permitiera lanzarse al campo de batalla y ofrecerle así su vida por defenderle. Cuando todos los compañeros del Imam Husain hubieron recibido el martirio y no quedaron con él más que los miembros de su Familia, Wahab volvió a probar suerte. El Imam

le contestó que solo podía autorizarle de ir al combate si conseguía el permiso de la dos mujeres que tenía su a cargo. La madre de Wahab, que se encontraba justo al lado, respondió directamente al Imam Husain:

- ¡Durante su infancia, lo alimenté con mi propia leche pero solo lo consideraré como mi hijo si muere defendiéndote, como lo han hecho anteriormente los demás de tus shi'itas!

Con lágrimas en los ojos, la joven esposa de Wahab habló a su vez:

- ¡Wahab, tu primer deber y el más importante es defender al nieto del Profeta y a santa Familia, incluso si es a costa de tu propia vida. Espero volver a verte en el Paraíso. Pido a Allah que nuestro reencuentro no se haga esperar!.

Luego añadió:

- Sé que los hombres de Yazid no dejaran en vida ninguno de los hombres de la Familia del Imam Husain. En cuanto a nosotras, las mujeres, seremos tomadas como esclavas... Sin duda las mujeres de la Familia del Profeta serán tratadas con algún respeto, pero nosotras... Tu madre y yo misma no nos beneficiaremos de la misma consideración. Tan solo te pido que ruegues al Imam dejarnos con las mujeres de su Familia, con tal que seamos tratadas de la misma manera.

El Imam Husain aseguró a Wahab que Zaynab, su hermana, la hija de Imam 'Ali y de Fátima (que la Paz de Allah sea con él), velaría ella misma por las dos mujeres, y que lo mismo harían las demás mujeres de su Familia. Lo que la esposa de Wahab no podía imaginar es que los soldados sin corazón del ejército de Yazid tratarían las mujeres de la Familia del Santo Profeta (Las Bendiciones y la Paz de Allah sean con él y con su Familia) como cautivas ordinarias y como esclavas.

Wahab pudo al fin lanzarse al combate y morir defendiendo a su Imam, tal como deseaba con tanto fervor.



Todos los fieles shi'itas del Imam dieron así su vida sin dudarlo. Habían conocido una vida noble y conocieron una muerte gloriosa. Incluso en la muerte rodean al Imam Husain y a sus hijos (que la Paz de Allah sea con él), como si estuvieran velándolos. Habib Ibn Mazahir, el amigo fiel, descansa a la entrada del Mausoleo del Imam, como si prosiguiera su noble tarea de custodiarle incluso en la muerte, tal como lo hizo durante la batalla de Karbala.

Todos los defensores de la Familia del Profeta habían pues vertido hasta la última gota de su sangre. Ya no quedaban con el Imam Husain más que sus hijos, sus hermanos y sus sobrinos. El había querido enviar a su hijo 'Ali Akbar a combatir antes que nadie pero sus fieles shi'itas se lo habían impedido. La idea que el hijo tan querido del Imam Husain pudiese perder la vida en la batalla mientras ellos mismos estuvieran aún en este mundo era para ellos insoportable. El simple hecho de considerar esta idea hubiera supuesto para ellos una blasfemia.



Ali Akbar se presentó ante su padre y pidió permiso para entrar en la arena ensangrentada de la cual ningún miembro de su campamento había vuelto con vida. El Imam Husain lo miró largo tiempo sin contestar. Contemplaba el rostro de aquel que se parecía tanto al Enviado de Allah (Las Bendiciones y la Paz de Allah sean con él y con su Familia). Todos sus rasgos, su voz, sus gestos evocaban a su abuelo. Cuando el Imam Husain y los suyos hubieron dejado Medina para no volver jamás, algunos meses atrás, la población vino a despedirse de ellos. La desesperación se leía en el rostro de aquellos que se acordaban de la predicción del Santo Profeta (que la Paz de Allah sea con él) según la cual un día el Imam Husain y su Familia dejarían la ciudad para siempre. No pudiendo disuadir de marchar al Santo Imam (que la Paz de Allah sea con él), les habían suplicado de dejarles por lo menos a 'Ali Akbar, a quien

nadie podía mirar sin pensar inmediatamente en el Enviado de Allah (que la Paz de Allah sea con él)... Pero el Imam les había contestado que allí donde iban, ‘Ali Akbar tenía que cumplir una misión y que nadie podía eximirle de ella.

- ¿Hijo mío, cómo un padre puede decirle a su hijo que vaya al lugar de cual no volverá?. Ve a ver a tu madre y a tu tía Zaynab, quién te ha colmado de su amor desde tu más tierna infancia, más aún que a sus propios hijos, ve a verlas y pídeles su permiso.

‘Ali Akbar entró en la tienda donde se encontraban su madre, Umm Layla, y su tía Zaynab. Las dos mujeres estaban inmersas en la contemplación del campo de batalla, escuchaban los alaridos de la hordas. Ellas sabían que ahora todos los fieles shi’itas del Imam Husain habían dado su vida, les llegaba el turno a sus hijos, hermanos y sobrinos. No era más que una cuestión de tiempo. Solo faltaba saber quién sería el primero.

La llegada de ‘Ali Akbar esfumó tales pensamientos. Zaynab rompió el silencio:

- ¡Dios mío!. ¡No es posible que Akbar haya venido a despedirse de nosotras!. ¡Akbar, no nos digas que estás preparado para tu último viaje! ¡Mientras mis hijos Awn y Muhammad estén con vida, no te dejaré marchar!.

‘Ali Akbar conocía el amor que su tía sentía por él, tan solo superado por el amor a su hermano Husain. La miró. Miró a su madre. No sabía como decirles que estaba preparado para el viaje que lo llevaría al Paraíso.

- ¡Tía mía. Para todos los próximos a mi padre la inevitable hora ha llegado. En el nombre del amor que sientes por tu hermano te suplico que me dejes ir al combate, con tal que nadie pueda decir que quiso guardarme hasta que no fueron matados todos sus hermanos y sus sobrinos. Mi tío Abbas manda nuestra tropa. Todos los demás son más jóvenes que

yo. Ahora que la muerte es segura, déjame morir el primero, con tal de poder saciar mi sed en la fuente del Kauzar, en las propias manos de mi bisabuelo, el Enviado de Allah!

Zaynab replicó entre lágrimas:

- ¡Akbar, hijo mío!. ¡Si la llamada de la muerte ha llegado hasta ti, ve pues!.

Umm Layla, la madre de ‘Ali Akbar, que había quedado muda de angustia, no pudo sino decir:

- ¡Qué Allah esté contigo, hijo mío!. Contigo pierdo todo lo que poseo y todo lo que me importa en este mundo. Tu padre ya me advirtió de lo que me esperaba... Después de ti no habrá para mi ninguna diferencia entre dicha y sufrimiento.

Con estas palabras perdió el conocimiento entre los brazos de ‘Ali Akbar.

El clamor del enemigo era cada vez más fuerte. ‘Ali Akbar sabía que si no se lanzaba rápidamente a la batalla, los hombres de Yazid, ávidos de sangre se abalanzarían al asalto del campamento y nadie podría socorrer a las mujeres y a los niños. Entregó delicadamente el cuerpo aún inerte de su madre en brazos de Zaynab.

- Tía mía, te confío a mi madre. Sé que desde tu infancia tu madre Fátima (que la Paz de Allah sea con él) te fue preparando para los acontecimientos de este terrible día y para lo que ocurra después. Pero mi madre no soportará tales calamidades si no le insuflas algo de tu coraje. Te suplico la sostengas cuando vea mi cuerpos sin vida.

‘Ali Akbar volvió al lado de su padre. Sin decir palabra, el Imam Husain se levantó. Envolvió la cabeza de ‘Ali Akbar con el turbante del Santo Profeta (Las Bendiciones y la Paz de Allah sean con él y con suFamilia), sujetó el forro de su arma y dio un beso en su frente. Con voz firme le dijo:

- ¡Ve Akbar, Allah está contigo!

‘Ali Akbar salió de la tienda, seguido por el Imam Husain. Quiso montar su caballo pero alguien le sujetaba por detrás. Se volvió. Era Sukayna, su joven hermana, quien le imploraba:

- ¡No marches Akbar!. ¡No vayas allí de donde nadie ha vuelto desde esta mañana!.

‘Ali Akbar cogió en sus brazos la niña pequeña, la besó y la dejó en el suelo. No podía hablar. Marchó.

‘Ali Akbar se paró ante las líneas enemigas. Les habló con la elocuencia que había heredado del Santo Profeta (Las Bendiciones y la Paz de Allah sean con él y con su Familia). Les explicó las razones y el sentido del combate del Imam Husain (que la Paz de Allah sea con él) y les recalcó que vertiendo la sangre del nieto del Enviado, incurrían en la Ira de Allah y de Su Profeta, quien tanto amaba a Husain.

Los de mayor edad se frotaban los ojos y se preguntaban estupefactos si el Profeta (Las Bendiciones y la Paz de Allah sean con él y con su Familia) en persona no había bajado del Cielo para impedirles que vertieran la sangre de Husain. ¡Tenía la misma altura, el mismo rostro, la misma actitud, los mismos gestos y la misma voz, e incluso la misma manera de hablar!

‘Umar Ibn Saad se percató del efecto que las palabras de ‘Ali Akbar estaban teniendo en sus hombres. Convenció a los más ávidos de ellos a enfrentarse en singular combate con el valiente joven, debilitado por tres días de hambre y sed. Uno a uno vinieron seguros de ellos mismos. Pero fue la muerte lo que encontraron, uno tras otro. La sangre del Imam ‘Ali corría en las venas de ‘Ali Akbar. El mismo coraje, la misma destreza, el mismo arrojo sembraba el mismo terror en el corazón de los que se enfrentaban a él. Fue rápido en quitarse de encima los que tuvieron la locura de atacarle. A su vez, desafió al enemigo, pero nadie vino a medirse con él.

‘Ali Akbar tenía una sed terrible. La debilidad resultante de

tres días de ayuno continuo era agravada por la abundante pérdida de sangre que salía de sus venas. De repente tuvo la necesidad de volver a ver a su padre, su madre y su tía. Dado que los enemigos no se decidían a enfrentarse a él, se lanzó al galope hacia el campamento asediado, el Imam Husain (que la Paz de Allah sea con él) lo abrazó con alegría:

- ¡Bravo hijo mío!. ¡Estoy orgulloso de ti!. Tu coraje y tu destreza me recuerdan los combates de mi venerado padre, el Imam 'Ali. Con la salvedad que él solo tenía que batirse contra los enemigos y tú debes luchar también contra el hambre y la sed.

- Padre mío la sed me está matando pues mis heridas han aumentado sus efectos. Pero sé que nada puedes ofrecerme, ni siquiera una gota de agua. Solo he vuelto para volver a verte, así como a los míos, por última vez.

'Ali Akbar volvió al combate. El Imam Husain dio algunos pasos tras él, como un peregrino siguiendo la oveja del sacrificio en Mina. Rezó:

- ¡Oh Dios mío!. Eres testigo de que hoy he sacrificado el ser que más quiero en este mundo, por la causa de la Justicia y la Verdad.

El Imam Husain oyó pronto una llamada desgarradora, el grito de agonía de su hijo:

- ¡Padre!. ¡He sido alcanzado mortalmente!. ¡Padre ven cerca de mi!. ¡Padre si no puedes llegar hasta mi, te saludo a ti y a los que amo!.

El Imam Husain oyó esta llamada. Sabía que, por valiente que fuera su hijo no podría enfrentarse a todo el ejército de Yazid. Quiso levantarse para precipitarse hasta 'Ali Akbar, para asistirle en sus últimos instantes. Pero sus piernas flaquearon. Se desplomó. Quiso volver a levantarse. Volvió a caer. Con una mano crispada sobre su corazón dolorido, luchó con sus pies para ponerse en pie.

No podía ver nada, debido a la lágrimas que inundaban sus ojos.

- ¡Akbar!, –gritó–. *¡Vuelve a llamarme, que sepa donde estás. No puedo verte!*

Abbas fue al auxilio de su hermano, lo animó hasta que ambos llegaron cerca del joven. ‘Ali Akbar yacía en medio de un charco de su propia sangre. Husain cayó sobre el cuerpo de su hijo, suplicándole que hablara, o por lo menos que abriera los ojos por última vez. Pero Akbar no hablaba. Akbar no se movía. Las últimas gotas de vida acababan de fluir por una larga herida abierta en su pecho. El Imam Husain posó su mejilla contra la de su hijo. Le suplicó que abriera los ojos por última vez. Una pálida sonrisa acabó por dibujarse en los labios de ‘Ali Akbar durante un breve instante y luego entregó el alma. La mejilla del padre aún acariciaba la de su hijo, en la muerte como lo había hecho tantas veces en vida...

¡Con qué dificultades cargó el Imam Husain (que la Paz de Allah sea con él) el cuerpo sin vida de ‘Ali Akbar hasta el campamento!. Rechazó la ayuda que le ofrecía Abbas. Lo llevaba en sus brazos, contra su corazón, titubeando bajo el esfuerzo. Por fin posó su preciado fardo en el suelo, llamó a las mujeres de su Casa. Zaynab y Kulsum, sus hermanas; Umm Layla y Umm Rabab, sus esposas; Sukayna y Rukayya, sus hijas; y todas las demás... Umm Layla, la madre de ‘Ali Akbar, bajó la vista hacia su hijo y dirigiéndose al Imam Husain (que la Paz de Allah sea con él) dijo:

- *Maestro mío, estoy orgullosa de Akbar, quien ha muerto de tan noble muerte. Ha dado su vida por la más noble causa y este pensamiento me sostendrá el resto de mi vida.*

Luego se arrodilló ante ‘Ali Akbar y, llorando, posó el rostro sobre el suyo. Zaynab y Kulsum, Sukayna y Rukayya también se inclinaron sobre el cuerpo sin vida y las lágrimas que derramaban lavaron la sangre de las heridas de ‘Ali Akbar. El Imam Husain (que la Paz de Allah sea con él) se sentó algunos instantes cerca de ese hijo que había ofrecido en sacrificio. Estaba sumergido en el dolor.



Un hombre joven, casi un niño, se levantó ante el Imam Husain (que la Paz de Allah sea con él):

- *Tío, vengo a pedirte permiso para ir al combate.*

Era Qasim, el hijo de su hermano Hasan.

El Imam Husain se levantó; secó las lágrimas que bañaban su ojos maduros y murmuró:

- *¡Ciertamente, a Allah pertenecemos y a Él retornamos!*

La noche anterior, cuando Aun y Muhammad, los dos hijos de Zaynab, y Qasim, el hijo del Imam Hasan, hablaban de cómo podían obtener el permiso del Imam Husain (que la Paz de Allah sea con él) para combatir al enemigo, Umm Farwa, la madre de Qasim, había llamado a su hijo a su tienda, lo había cogido entre sus brazos y le había dicho:

- *¡Qasim, hijo mío!. ¿Sabes porqué te he llamado?. Quiero recordarte tu deber hacia tu tío Husain. Quiero decirte algo respecto al amor único que tu padre sentía por su hermano Husain. Eran siempre tan cercanos uno de otro que pensaban y actuaban al unísono. La menor pena sentida por uno hacía sufrir al otro de inmediato. Eran más próximos y estaban más unidos que dos gemelos. Si Hasan aún fuera de este mundo, imagino sin dificultad lo que hoy sentiría. Sin lugar a dudas, sería el primero en levantarse y sacrificar su vida por defender a su hermano Husain.*

Tras una pausa Umm Farwa continuó diciendo:

- *Cuando tu padre murió, eras demasiado pequeño para entender la vida. Sus últimas palabras, en su lecho de muerte, fueron las siguientes: “Umm Farwa, te confío a ti, así como a mis hijos, a la custodia de Allah y de mi hermano Husain. Cuando Qasim sea mayor, le dirás que mi última voluntad es*

que se mantenga al lado de Husain contra viento y marea. Veo un día en que mi hermano será asediado por todas partes. Ese día necesitará el apoyo incondicional de los suyos. Quiero que prepares a Qasim desde la infancia para que esté listo cuando llegue ese día.”

- Madre, no sé como agradecerle lo que acabas de decirme. Por mucho que consiga remontar mis recuerdos, nunca he sabido lo que es el amor de un padre. Sin embargo sé que de haber vivido mi padre, no habría podido darme más ternura y afecto que el que me ha dado mi tío Husain. Nunca me ha dejado sentirme huérfano ni un instante. ¿Cómo podría olvidarme de todo lo que le debo? ¿Cómo podría ser ingrato con él hasta ese punto? ¿Que sabor tendría para mi la vida sin él, sin mi hijo Abbas y sin ‘Ali Akbar, sin Aun y Muhammad?.

El Imam Husain miró con ternura al joven que estaba ante él. Movi6 la cabeza con tristeza:

- Qasim, mi querido hijo. ¿Cómo podría dejarte marchar sabiendo que la muerte te espera al final delcamino?. ¡Tu padre, mi querido Hasan, me confi6 tu custodia; mi corazón tiembla al pensar que pueda enviarte al suplicio!.



La respuesta del Imam Husain rompi6 el coraz6n de Qasim. Qued6 inm6vil, cabizbajo, sin saber qu6 decir ni qu6 hacer para arrancarle a su tío la anhelada autorizaci6n. En ese momento lleg6 Zaynab. Se dirigi6 al Imam Husain (que la Paz de Allah sea con 6l):

- Husain, hermano mío, nunca en toda mi vida te he pedido nada. Hoy, por primera y 6ltima vez, tengo que pedirte un favor. Deja que mis dos hijos sigan los pasos de ‘Ali Akbar.

El Imam Husain (que la Paz de Allah sea con 6l) mir6 a su hermana, luego a Aun y a Muhammad.

- No encuentro ningún argumento, Zaynab, para rechazar lo que pides. Aunque mi corazón dé un vuelco al enviar a la muerte estos dos muchachos. ¡Idos, hijos queridos!. ¡Satisfaced así vuestro deseo de morir como héroes!. No tardaré mucho en reunirme con vosotros...

Gracias a esta respuesta, los jóvenes héroes se transfiguraron de felicidad. Les pidieron la bendición a su madres. Con los ojos llenos de lágrimas, Zaynab los abrazó:

- ¡Mis queridos niños!. ¡Que Allah esté con vosotros hasta el fin!. ¡Que ÉL os otorgue una muerte dulce!. ¡Es mi destino sufrir sola ultrajes e ignominia, sin hermanos, sin hijos ni sobrinos que me consuelen!.

- ¡Madre, con la ayuda de Allah, demostraremos a 'Umar Ibn Saad y a todo su ejército que somos dignos de ser los nietos de Ya'far Tayyar!. ¡Si Allah nos lo permite combatiremos con tanto coraje que tu pena será convertida en orgullo!.

Los dos valientes sobrinos de Imam Husain (que la Paz de Allah sea con él) montaron en sus caballos y marcharon ante las miradas llenas de angustia de los suyos. Una nube de polvo enmascaró el furor del combate que libraron contra los enemigos del Islam.

Pronto se oyó el grito de Aun despidiéndose de los suyos. El Imam Husain (que la Paz de Allah sea con él) se puso pálido, como si él mismo hubiera sido alcanzado. Miró su hermana Zaynab. Abbas y Qasim se precipitaron para sostenerla. Y entonces Muhammad, a su vez herido a muerte, saludó a su tío e Imam. El Imam Husain (que la Paz de Allah sea con él) ordenó a Abbas y a Qasim que permanecieran a lado de Zaynab. Salió a toda prisa hacia el campo de batalla.

Llegó a Muhammad en primer lugar. El muchacho perdía mucha sangre y respiraba con dificultad. Una herida profunda en la

garganta hacía que su voz fuera casi inaudible. El Imam Husain (que la Paz de Allah sea con él) se inclinó hasta tocarlo y le oyó murmurar:

- Recibe mi último saludo, tío. Di a mi madre que he hecho lo que esperaba de mi y que muero con coraje, tal como ella misma y mi padre me lo ordenaron. Preséntale mi saludo y consuélala tanto como puedas.

Muhammad cerró los ojos un instante y prosiguió de un tirón:

- ¡Antes de caer, he oído el grito de Aun. Ahora ya no necesito ayuda. Ve al encuentro de Aun, tío, antes que sea demasiado tarde!.

Apenas dijo estas palabras que lo que de vida quedaba en él escapó.

El Imam buscó en la dirección desde la cual había llegado la llamada de Aun. Cuando encontró su cuerpo, ya había expirado. Levantó en sus brazos y apretó contra su pecho al muchacho ya sin vida.

Llevando el cuerpo de Aun en sus brazos, el Imam Husain caminó hasta el campamento. Abbas acudió a su encuentro:

- Déjame llevar Aun hasta su última morada, mientras volverás a buscar Muhammad. Aún estoy vivo, Maestro mío. ¡Déjame compartir tu fardo y tu pena!.

El Imam Husain (que la Paz de Allah sea con él) tendió el cuerpo sin vida a Abbas y fue a buscar a su otro sobrino. Cuando Zaynab vio los dos cuerpos sin vida, se desplomó sobre ellos llorando:

- ¡Mis hijos queridos!. ¿Qué madre podría enviar a la muerte a sus hijos como yo lo he hecho hoy?. Queridos míos habéis dejado este mundo sufriendo sed. Pero vuestro abuelo 'Ali os la saciará con el agua de las fuentes del Paraíso.



Como era costumbre en el ejército de Yazid, retumbaron los tambores para saludar la muerte de los jóvenes muchachos, o mejor dicho su masacre. Luego callaron para dejar oír los gritos salvajes de las hordas ebrias de odio, sedientas de matanza, reclamando aún más sangre, siempre más sangre.

Cuando Zaynab intercedió ante el Imam Husain (que la Paz de Allah sea con él) para que Aun y Muhammad pudieran ir al combate, Qasim se había apresurado en ir a hablar con su madre. Le explicó con pesar lo que había pasado y concluyó diciendo:

- ¿Si no he de morir hoy como mártir qué interés tendrá para mi la vida?. ¿Acaso estoy destinado a ser un esclavo y a caminar por las calles con el único fin de llegar a mi celda?.

Umm Farwa se acordó de lo que el Imam Hasan, su esposo, le había confiado justo antes de morir, que un día Qasim estaría desesperado más allá de toda descripción. Le había entregado una carta sellada que debería entregarle llegado ese momento. Buscó la carta, se la dio a Qasim. Con los dedos temblando de impaciencia y angustia, rompió el sello. Desplegó la carta y la leyó:

- Hijo mío. Cuando llegue a ti esta carta hará mucho tiempo que he dejado de vivir. Cuando leas estas palabras, estarás rasgado por un conflicto entre tu intenso deseo de cumplir con tu deber demostrando el amor que sientes por tu tío Husain y el amor que él siente por ti, lo cual le lleva a impedirte que cumplas tus obligaciones. Es en previsión de este día que escribo esta carta. Te adjunto otra dirigida a él. Dásela a tu tío. Te dejará lo que tu corazón desea. Qasim, cuando leas esta carta nuestra separación estará a punto de concluir. ¡Date prisa, hijo mío!. ¡Te espero!.

Transportado por el gozo, Qasim plegó la carta y se despidió de su madre. Corrió a entregar el mensaje a su tío. Pero éste, con

Abbas a su lado, vigilaba las peripecias del combate de Aun y Muhammad. Qasim no quiso molestar a su tío en tal momento. Así, pues, decidió esperar. Cuando los cuerpos de Aun y Muhammad fueron devueltos a su madre, Qasim se acercó a su tío. Sin saber qué decir le dio la carta sin más. El Imam Husain (que la Paz de Allah sea con él) reconoció la letra de su hermano con la primera ojeada. Sorprendido, la abrió. Leyó el mensaje que le estaba dirigiendo:

- Mi querido Husain, cuando leas esta carta, estarás asaltado por innumerables preocupaciones y tristezas. Los cuerpos sin vida de tus próximos cubrirán el suelo alrededor tuyo. Yo no estaré allí para dar mi vida por ti, pero dejo tras de mí a Qasim, quien será mi representante ante ti. Husain, te pido que no rechaces mi ofrecimiento. En el nombre del amor que me dedicas, deja que Qasim combata para defenderte. Déjale que conozca la Gloria del Martirio.

El Imam Husain (que la Paz de Allah sea con él) fue de pronto arrebatado por el recuerdo de su hermano, no pudo retener sus lágrimas al pensar en esta última prueba de amor. Más allá de la tumba, Hasan le dejaba su hijo Qasim para defenderle en este día.

El Imam Husain se recobró con esfuerzo. Levantó los ojos hacia Qasim:

- Querido hijo, la voluntad de tu padre es una orden para mí. No me deja elección. ¡Ve, Qasim!. Es lo que quiere tu padre. El martirio es tu destino, debo aceptarlo.

Qasim volvió a despedirse de su madre. Umm Farwa leyó la satisfacción que se dibujaba en el rostro de su hijo y comprendió que la hora había llegado. Se levantó lentamente:

- Hijo mío, todos estos años he esperado el día que llegaras a la edad de casarte, y para esa ocasión he guardado el día en que se casó conmigo... Quería pedirte que lo llevaras el día de tu boda.

Umm Farwa hizo una pausa y siguió diciendo:

- ¡Hijo mío!. Puesto que el destino ha decidido de otra manera, deseo que vistas hoy este traje de boda, para emprender el viaje del cual no se vuelve. La costumbre requiere que el novio se tiña las manos de henna... No tengo, pero no la vas a necesitar puesto que tus manos estarán pronto cubiertas por tu propia sangre.

Vestido con el traje de bodas de su padre, Qasim parecía el vivo retrato de Imam Hasan (que la Paz de Allah sea con él). Abrazó a su madre, saludó a su tía Zaynab y luego besó con respeto las manos de su tío Husain (que la Paz de Allah sea con él). El Imam Husain (que la Paz de Allah sea con él) insistió en sujetar él mismo las bridas del caballo mientras Qasim lo montaba. Le saludó con las siguientes palabras:

- ¡Qasim, no tardaré mucho en reunirme contigo!.

Qasim avanzó hacia la horda vociferante. Cuando empezó a hablar se hizo el silencio. Su elocuencia era la de su abuelo, el Imam ‘Ali (que la Paz de Allah sea con él). Las palabras llevadas por su dulce voz juvenil hicieron bajar hacia el suelo las miradas de esos brutos sin alma. Los vestigios de algunas cualidades humanas estaban siendo removidos por el discurso de un joven de catorce años de edad. ‘Umar Ibn Saad se apercibió del peligro y, una vez más, utilizó los más bajos instintos de los más ruines de sus hombres para acallar la voz que estaba despertando algunas conciencias.

¡Qasim combatió, puesto que había que combatir!. Combatió con tanto brío y tanta habilidad que su tío Husain, que estaba observando el combate de lejos, no pudo reprimir un grito de admiración. Ni un solo mercenario se atrevía a enfrentarse a él ahora. A pesar de sus desafíos, todos retrocedían. Entonces ‘Umar Ibn Saad dio orden de asaltar masivamente al joven... ¡Todo un ejército contra un niño de apenas catorce años!. ¡Cientos, miles de dagas, espadas, lanzas, flechas, viniendo de todas las direcciones, para conse-

guir acabar con un niño!. Qasim, cubierto de heridas de la cabeza a los pies lanzó su último grito de despedida a su tío.

El Imam Husain (que la Paz de Allah sea con él) montó su caballo y cargó con la espada desenvainada. Se abrió camino en medio de la horda de cobardes y solo el recuerdo de las cargas del Imam 'Ali (que la Paz de Allah sea con él) en la batalla de Siffin puede dar idea de la violencia con la cual hizo huir al ejército del tirano. En una carrera desesperada por salvar sus miserables vidas, los soldados de Yazid pisotearon el cuerpo sin vida de Qasim. Cuando el campo de batalla estuvo limpio de todos estos cobardes y pudo por fin acercarse a su sobrino, el Imam Husain (que la Paz de Allah sea con él) descubrió que el cuerpo del muchacho había sido destrozado en girones.

- ¡Dios mío!. ¿Qué es lo que le han hecho estos cobardes a mi Qasim?.

El Imam Husain necesitó unos instantes para recuperarse. Resolvió recoger los trozos del cuerpo de Qasim en un paño. Cargó el fardo sobre sus hombros cansados y volvió al campamento con andar apesumbrado.

- Mi pobre Qasim, tu madre te envió al combate vestido de novio y te devuelvo a ella cortado en girones.

Estando ya cerca del campamento volvió a exclamar:

- ¡Dios mío!. ¿Cuando se ha visto un tío llevar el cuerpo de su sobrino en tal estado?. Al poner pie en tierra, el Imam Husain (que la Paz de Allah sea con él) llamó a su hermano Abbas. Le mandó ir en busca de las mujeres. Confió a Fizza, la devota sirvienta de Fátima (que la Paz de Allah sea con él), su madre, el cuidado de reconfortar a Umm Farwa y a Zaynab pues la visión de los despojos de Qasim podría acabar con sus vidas. A continuación desató el macabro paquete. Los gritos de horror y los sollozos de las mujeres resonaron durante largo rato en el llano de Karbala.



El Imam Husain (que la Paz de Allah sea con él) quedó un tiempo sin decir nada, con la mirada impenetrable y el corazón helado. Abbas se le acercó:

- Maestro, ahora me toca a mí ir al combate, tal como lo han hecho los demás.

Al cabo de un rato, el Imam Husain (que la Paz de Allah sea con él) contestó con voz suave:

- Sí, ciertamente, a Allah pertenecemos y a Él debemos retornar.

Desde su más tierna infancia, Abbas había demostrado una devoción sin igual por su hermano Husain. Un tórrido día de verano, en la mezquita de Kufa, siendo él un niño, vio que Husain tenía los labios secos. Llegó, pues, a la conclusión que debía tener mucha sed. Salió corriendo de la Mezquita y volvió lo más rápidamente posible con un recipiente lleno de agua fresca para ofrecérselo a su hermano. En su carrera se había salpicado la ropa la cual chorreaba de agua. Su padre, el Imam ‘Ali (que la Paz de Allah sea con él), lo vio desde el púlpito y tanta devoción hizo que se le saltaran las lágrimas. Más adelante cuando el Imam ‘Ali (que la Paz de Allah sea con él), herido de muerte, reunió a sus hijos a su alrededor, los confió todos ellos a la custodia de Hasan (que la Paz de Allah sea con él) su primogénito. Todos menos unos, Abbas. Éste, con doce años de edad, sin lograr entender por qué era excluido de esta medida, echó a llorar. El Imam ‘Ali (que la Paz de Allah sea con él) le mandó entonces acercarse. Le cogió la mano y la colocó en la de Husain (que la Paz de Allah sea con él):

- Husain, te confío este niño. Me representará el día de tu martirio, dará su vida por defenderte a ti y a los tuyos mejor que yo mismo lo haría de estar aún con vida ese día.

Luego el Imam ‘Ali (que la Paz de Allah sea con él) se volvió

hacia Abbas y le dijo con ternura:

- Abbas, hijo mío. Conozco tu amor sin límites por tu hermano Husain. Aunque seas demasiado joven para que hablemos de ello, el día que ese hecho ocurra no veas excesivo ningún sacrificio hecho por tu hermano Husain y sus hijos.

Sukayna se acercó a su tío Abbas, con una bota vacía en su mano. Tras ella, se habían juntado los demás niños. Lloraban, gemían, torturados por la sed. Sukayna tendió la bota a Abbas:

- Tío mío, sé que harás cualquier cosa por traernos agua. Aunque solamente consigas llenar una única bota, por lo menos podremos humedecer un poco nuestras gargantas resacas.

Abbas cogió la bota deshinchada y pidió al Imam Husain (que la Paz de Allah sea con él) permiso para ir a buscar agua para los niños. Estos le siguieron hasta los límites del campamento y allí permanecieron, sin moverse, mientras pudieron divisar su silueta.

Empuñando su espada con una mano y en la otra el estandarte del Imam Husain (que la Paz de Allah sea con él), con la bota ceñida a su espalda, el fiel Abbas se lanzó al galope. Al llegar al río cargó contra los soldados que allí se encontraban haciéndoles huir. En un abrir y cerrar de ojos estaba ya en el río hasta las rodillas, llenando la bota con agua fresca. Recogió un poco del preciado líquido en su mano para llevarlo hasta su boca para aplacar su sed, pero echándose atrás dejó caer el agua. ¿Cómo podía tragar una sola gota cuando Sukayna y los demás niños estaban muriéndose de sed?. ¿Cómo podía olvidar a Husain, su Imam, que llevaba tres días sin beber?.

Con la bota llena, Abbas volvió a montar, con una sola idea: llevar pronto el agua a los niños que lo esperaban en medio del polvo ardiente. Al verlo cabalgar hacia el campamento, los soldados de Yazid se dijeron que si el Imam Husain y sus gentes podían calmar su sed por pocos que fueran sería difícil vencerlos. Enton-

ces se abalanzaron tras él. Abbas combatió como se batía su noble padre, el Imam ‘Ali (que la Paz de Allah sea con él), Asadullah, el León de Allah. El hambre y la sed terribles no le impidieron sembrar el terror entre las filas enemigas.

Puesto que no era posible acabar con tal adversario combatiéndolo de frente, los hombres de Yazid lanzaron sobre él una lluvia de flechas. A Abbas solo le preocupaba una cosa: proteger la bota a toda costa y llevarla intacta al campamento. De repente, un enemigo pérfido surgió de detrás de una duna y le asestó un golpe terrible cortándole una mano. Como un rayo, Abbas cogió su espada con la mano izquierda llevando prieto el estandarte contra su pecho.

Herido el león, los gallinas se envalentonaron. Se acercaron un poco y, luego, un poco más. Un golpe de espada hirió su brazo izquierdo. Abbas apretó la bota entre sus dientes, apuntaló el estandarte entre su pecho y su montura, y forzó la barrera. Solo pensaba en Sukayna y en los niños que habían depositando todas sus esperanzas en él. En silenciosa oración suplicó a Allah que le ahorrara el tiempo necesario para cumplir su misión.

Pero ello no iba a poder ser. Una flecha atravesó la bota que se vació en unos instantes. Otra penetró en el ojo del héroe desamparado por el fracaso de su empresa. Un golpe mortal le fue asestado a Abbas por detrás, con una maza de hierro. Titubeó y se desplomó sobre la arena ardiente. Sintiendo ya la muerte acercarse a grandes pasos, Abbas llamó al Imam Husain (que la Paz de Allah sea con él)... En respuestaa su grito de auxilio sintió su presencia a su lado. Con un ojo atravesado por una flecha y el otro inundado de sangre, no veía más que una niebla rojiza. No podía ver, pero percibió a su Maestro cuando se arrodilló a su lado y cogió su cabeza entre sus manos. Quebrantados por la emoción, ni uno ni otro hablaba. El Imam Husain (que la Paz de Allah sea con él) rompió el silencio y habló con voz entrecortada por el llanto.

- ¡Abbas, hermano, cómo te han tratado!.

- *Has venido, Maestro mío. Temía no poder despedirme de ti, pero gracias a Allah has venido.*

Abbas dejó deslizar su cabeza hasta la arena. Dulcemente, el Imam Husain (que la Paz de Allah sea con él) la volvió a coger entre sus manos y la apoyó en sus rodillas, preguntándole por qué la había apartado.

- *Maestro, no habrá nadie a tu lado para sostener tu cabeza en sus rodillas ni para reconfortarte cuando expires. Por este motivo, es mejor que mi cabeza repose en la arena cuando entregue el alma, tal como te ocurrirá cuando llegue tu hora. Además, soy tu siervo y tu eres mi Maestro, no es conveniente que yo repose mi cabeza en tus rodillas.*

El Imam Husain (que la Paz de Allah sea con él) miraba el rostro de tan devoto hermano y no podía reprimir las lágrimas.

- *Maestro, quisiera expresar mi última voluntad. Cuando vine al mundo, tu rostro fue lo primero que vi y quisiera volver a contemplarlo ahora que llega la hora de mi muerte. Mi segundo deseo, es que no lleves mi cuerpo al campamento. Prometí a Sukayna que le traería su bota llena de agua y no he podido cumplir mi promesa. No me atrevo pues a presentarme ante ella, ni siquiera tras mi muerte. Finalmente, no quiero que dejes que Sukayna venga hasta aquí. Conozco el afecto que sentía por mi. Verme en este estado podría acabar con su vida.*

- *Abbas, te prometo respetar tu última voluntad. No obstante, también yo quiero pedirte un favor. Me llamas Maestro desde tu infancia. Aunque sea una vez llámame hermano.*

El Imam Husain limpió la sangre que le cegaba su único ojo aún dotado de visión. Los dos hermanos intercambiaron una larga mirada de despedida. Abbas murmuró:

- *¡Hermano mío!, ¡hermano mío!*

Y con estas palabras entregó el alma.

El Imam Husain (que la Paz de Allah sea con él) se derrumbó:

- *¡Oh Abbas! ¿Quién nos defenderá ahora a Sukayna y a mi?*



La madre escrutó el rostro de su hijo. Su piel se había vuelto de color ceniza. Su delgadez era tal que los huesos se marcaban en su piel. Sus ojos febriles, angustiados, hundidos en las órbitas parecían buscar algo. Entreabrió sus labios secos y duros sobre los cuales pasó una lengua que parecía un hueso desecado.

Su madre le miraba, impotente. Esperaba que la muerte viniera a liberar a su hijo de esta interminable agonía. Pero, ¿qué madre puede quedarse mirando como muere su hijo de hambre y de sed?. ¿Acaso no podía hacer nada para dar un poco del agua que fluía abundantemente a algunos centenares de metros de allí?.

Desde hacía tres días todo el campamento moría de sed. Durante un día entero la madre había podido darle el pecho a su hijo, tras lo cual se le retiró la leche... Un pensamiento fugaz atravesó su espíritu: salir corriendo con su hijo entre brazos hasta el río y zambullir al pequeño moribundo en el agua. Pero era una idea alocada y la descartó enseguida. ¿Qué pensaría su esposo, el Imam Husain (que la Paz de Allah sea con él), de tal iniciativa?. ¿Acaso no había sufrido lo suyo desde la mañana, perdiendo a su amigos y familiares uno tras otro, trayendo él mismo, en sus brazos, sus cuerpos sin hasta el campamento?.

A cada instante que transcurría se agravaba el estado del niño y se avivaba la angustia de la madre. No sabía qué hacer. Se levantó. Apretujó al niño entre sus brazos, dando vueltas en la tienda sobrecalentada. Un ruido tenue a sus espaldas la hizo sobresaltar. Era el Imam Husain (que la Paz de Allah sea con él) entrando en la tienda. No pudo reprimir su angustia y le suplicó:

- *¡Maestro mío, mi hijo inocente está muriéndose de sed!
¡Por el amor de Dios, haz algo por él!*

El Imam Husain (que la Paz de Allah sea con él) la miró, miró al niño. Se dio cuenta hasta que punto eran fundados los temores de su madre. Reflexionó un instante y le dijo:

- *Umm Rabab, dame a Abdallah. Voy a pedirle al ejército de Yazid que le dé de beber.*

Entusiasmada con la idea de que su bebé por fin iba a poder saciar su sed, Umm Rabab se lo dio a su padre.

- *¡Corre, el tiempo apremia...!. ¡Qué Allah te ayude!. Cuando estés fuera no dejes que a Abdallah le toque el sol cúbrelo con tu ropa; en el estado en el que está se secaría como una flor en un horno.*

Umm Rabab siguió al Imam Husain hasta la entrada de la tienda y allí se quedó mirando como se encaminaba hacia el ejército de Yazid.

Los soldados vieron al Imam Husain ir a su encuentro. ¡Cómo había cambiado en un día!. ¡Su aspecto era irreconocible!. Su espalda se había doblado, sus cabellos y su barba se han vuelto casi blancos con tantas penas y tormentos sufridos desde esa misma mañana. Se dieron cuenta de que traía algo bajo su manto. Muchos pensaron que se trataba del Santo Corán y que sin duda deseaba remitirse al arbitraje del libro para decidir entre él y Yazid. El Imam Husain (que la Paz de Allah sea con él) se acercó aún más, hasta que estuvo seguro que todos podrían ver claramente lo que quería enseñarles. Entonces descubrió a Abdallah y lo elevó en sus brazos diciendo con fuerte voz:

- *¡Oh soldados de Kufa y de Damasco!. He venido hasta aquí invitado por los vuestros para enseñarles los fundamentos del Islam. En vez de tratarnos, a mi y a los míos, como vuestros invitados nos habéis traicionado. Incluso nos impedís beber la menor gota de agua desde hace tres días.*

Habéis matado a mis fieles amigos, a mis sobrinos, a mis hermanos, a mi hijo... Si vuestro parecer es que hemos cometido un crimen imperdonable al rechazar inclinarnos ante el dictador Yazid, siendo el hijo que llevo en mis brazos aún un bebé no ha cometido falta alguna. No ha ingerido alimento desde hace tres días, está muriéndose de sed... El Islam es la religión que afirmáis seguir, y es en nombre del Islam que os pido que deis de beber a este inocente niño. Estoy seguro que numerosos son los que entre vosotros tienen niños de la misma edad. Os suplico, por el amor de vuestros hijos, que no dejéis morir de sed a mi hijo.

Las palabras de Imam Husain (que la Paz de Allah sea con él) y la visión de Abdallah muriéndose de sed conmovieron a esos hombres que, sin embargo, no habían dudado en masacrar muchachos de doce y catorce años. Algunos de ellos no podían reprimir las lágrimas, otros empezaron a murmurar que había que pedirle a ‘Umar Ibn Saad, comandante del ejército, el permiso para dar de beber al niño. Mientras, el Imam Husain (que la Paz de Allah sea con él) siguió diciendo:

- ¡Ejército de Yazid! Tal vez algunos de vosotros teméis que mi petición sea una artimaña para obtener agua para mi mismo, para saciar mi propia sed. Os juro que soy incapaz de este tipo de tretas. Para demostraros mi buena fe, estoy dispuesto a confiaros a mi hijo para que vosotros mismos le deis de beber. Me lo devolveréis una vez le hayáis dado de beber. Voy a dejar a Abdallah en el suelo, así cualquiera de vosotros podrá venir a recogerlo...

Acto seguido, el Imam Husain (que la Paz de Allah sea con él) extendió un trozo de paño sobre el suelo encima del cual puso a Abdallah. Su gesto devolvió algunos sentimientos humanos a los corazones de los soldados de Yazid. Varios fueron al encuentro de ‘Umar Ibn Saad y le dijeron que no podía negarse a dar un poco de agua a un niño con apenas unos meses de edad. ‘Umar se percató

que, si se oponía a ello, algunos de sus hombres estarían dispuestos a revelarse contra él. Se volvió hacia su arquero, llamado Harmala, que era un tirador de élite:

- Harmala, llegó para ti el momento que esperabas para obtener el favor del Califa Yazid. Pon fin a esta situación pues ya ha durado demasiado. Demuéstranos tu habilidad atravesando la garganta del niño.

Harmala imaginó los favores con que sería colmado por el Califa cuando este se enterara de cómo había sacado de apuros a ‘Umar Ibn Saad. Sin perder un segundo, se levantó, tomó su arco y sus flechas y se colocó en lugar más adecuado para afinar su puntería. En el mismo momento en que soltaba la flecha, el Imam Husain (que la Paz de Allah sea con él) se agachó y cogió a Abdallah en sus brazos. La flecha se clavó en la arena. Harmala cogió otra flecha y apuntó con cuidado. En ese momento, divisó a lo lejos una mujer que estaba de pie esperando angustiada en la entrada de una de las jaimas del campamento. Esa imagen lo turbó y esa segunda flecha también se perdió en la arena. ‘Umar Ibn Saad empezaba a impacientarse ante los dos fracasos de su arquero. La situación empezaba a escapársele de las manos. Algunos soldados indignados con lo que estaba ocurriendo empezaron a quejarse. Había que acabar pronto. Hizo promesas delirantes a Harmala, pero no era necesario pues el arquero estaba humillado por haber errado su objetivo en dos ocasiones. Apuntó con cuidado, aguantando la respiración y, seguro de si mismo, soltó su tercera flecha.

Un chorro de sangre salpicó la cara del Imam Husain (que la Paz de Allah sea con él). La flecha había golpeado con tanta violencia la frágil garganta del bebé que se la había llevado por delante en su carrera.

- ¡Hijo mío!, ¿tan bajo han caído estas gentes que ni siquiera respetan la vida de un niño inocente como tu?.

Agobiado el Imam Husain (que la Paz de Allah sea con él) elevó sin decir palabra el cuerpo de Abdallah hacia el cielo y así

estuvo hasta que la última de su sangre se perdió en la arena.

- *¡Dios mío!. Eres testigo de lo que han hecho.*

Estrechó el cuerpo sin vida de Abdallah contra su corazón, lo cubrió con su ropa y volvió lentamente al campamento. Se detuvo ante la madre que estaba devorada por la angustia quien, al ver el rostro trasbalsado del Imam Husain, sus mejillas llenas de lágrimas y salpicaduras de sangre, supo lo que iba a comunicarle.

- *Umm Rabab, como esposo tuyo y Maestro te pido que me prometas que vas a cumplir lo que voy a ordenarte.*

- *Maestro mío, haré exactamente lo que me mandes, pero dime lo que le han hecho a mi hijo. Todos los hombres de mi familia han muerto combatiendo con valor, ¡pero mi hijo era demasiado joven para morir así!. Incluso a los animales se les da de beber antes de degollarlos...*

- *Umm Rabab, te pido que no invoques la Cólera de Allah para los han matado a tu hijo. Desgraciadamente no le han ofrecido la más mínima gota de agua. A la petición que les he hecho han contestado lanzando una flecha.*

El Imam Husain (que la Paz de Allah sea con él) sacó el cuerpecito de entre su ropa y lo dio a su esposa. Umm Rabab los estrechó entre sus brazos y se derrumbó gritando de dolor. ¿Qué madre podría ver a su hijo, a su bebé en ese estado y quedarse impasible?.

Zaynab y las demás mujeres acudieron a consolar a la pobre madre. Al cabo de largo rato, Umm Rabab se acercó al Imam Husain (que la Paz de Allah sea con él).

- *Maestro mío, te pido que entierres con tus propias manos a mi pobre Abdallah, pues sé que cuando ya no estés entre nosotros esos monstruos no dudaran en profanar los restos de nuestros Mártires.*

Entonces el Imam Husain (que la Paz de Allah sea con él), sin

nadie que le ayudara, le apoyara, le consolara, cavó una pequeña tumba en la arena con sus propias manos. Cuando la hubo cerrado, recitó la Fátiha y alzó el rostro hacia el cielo:

- ¡Dios mío!, eres testigo de que no he flaqueado en mi deber y que te ofrecido en sacrificio todos los que amaba, incluso mi bebé, incluso a Abdallah.



El Imam Husain (que la Paz de Allah sea con él) estaba solo, sin nadie que le ayudase, sin nadie que lo defendiese. Ante él, había un ejército de casi cinco mil hombres sedientos de sangre. Sentado en la arena, al lado de la tumba de Abdallah, escuchaba el retumbar de los tambores de guerra y los alaridos de los hombres de Yazid:

- ¿Acaso no hay nadie que venga a combatirnos?.

El Imam Husain (que la Paz de Allah sea con él) se preguntaba si esperaban encontrar a alguien dispuesto a combatirlos o si gritaban para burlarse de él. ¿Acaso no sabían que todos sus fieles shi'itas habían vertido su sangre para defenderle?. ¿Ignoraban tal vez que habían masacrado todos sus seres queridos, hermanos, primos, sobrinos e hijos?.

Sólo quedaban con el Imam Husain (que la Paz de Allah sea con él) las mujeres y los niños y también su hijo 'Ali Zayn al Abidin (que la Paz de Allah sea con él), clavado en la cama desde hacía días por una fiebre devoradora, demasiado débil para levantar la cabeza siquiera.

El sol se ponía en el llano de Karbala. Las sombras se alargaban sobre el suelo del desierto, los gritos de las hordas omeyas se volvían ensordecedores, apremiaban la exhortaciones al combate. Algunos soldados más impacientes que otros se acercaron:

- ¡Eh, Husain. ¿Dónde están los soldados que tanta prisa

tenían en morir por ti?. ¿Donde están los parientes, hermanos, primos que habían jurado protegerte e impedir que nadie levantara la voz contra ti?.

El Imam Husain (que la Paz de Allah sea con él) se levantó, anduvo hasta la mitad del campamento y llamó a las mujeres de la Casa del Profeta (PBd).

- ¡Zaynab, Umm Kalsum, hermanas mías; Umm Layla, Umm Rabab y vosotras, hijas mías, Rukayya y Sukayna; tu también Fizza, nodriza mía!. ¡Venir todas, ha llegado la hora!.

Todas acudieron a su llamada, todas se juntaron a su alrededor. Zaynab tomó la palabra:

- Hermano, ¿es verdad que vas a marchar para tu último viaje y que no volveremos a verte vivo?, ¿vas marchar dejándonos solas a la merced de estas bestias salvajes?.

- ¡Sí Zaynab!. Ha llegado el momento para el cual has sido preparada por tu madre desde tu más tierna infancia. Esto muy triste de tener que dejaros pues se que vuestros sufrimientos no cesarán en el día de hoy, sino que no hacen más que empezar.

- ¡Querido hermano!. Te suplico que cuando, dentro de un rato, estés en el Paraíso hables en favor nuestro a nuestro abuelo. Pídele que interceda para que vayamos a reunirnos con vosotros y para que seamos preservadas así de los ultrajes y las ignominias que nos esperan en este mundo.

- Zaynab, si abandonases tan pronto este mundo ¿quién cumpliría la misión que te ha sido encomendada?. ¿Quién llevaría a cabo la labor que dejo inconclusa? Zaynab te confío mis huérfanos y mis viudas y los huérfanos y las viudas de mis valerosos compañeros. Ahora te toca a ti, Zaynab, dirigirlos, velar por ellos, cuidar de ellos y consolarlos. Moriré en Paz si me prometes, Zaynab, ser para todos ellos lo que eran todos aquellos que han perdido hoy.

El Imam Husain (que la Paz de Allah sea con él) miró largo rato a su hermana Zaynab y siguió diciendo:

- Zaynab, te encomiendo particularmente que veles por hijo 'Ali Zayn al Abidin, a quien la enfermedad a llevado a dos dedos de la muerte. él es mi Sucesor. Hay que protegerlo a toda costa. Te encomiendo también a Sukayna mi hija pequeña que nunca me ha dejado, ni siquiera un solo día. Consuélala lo mejor que puedas. Recuerdo la manera como pidió a su tío Abbas que le trajera agua, pero desde su muerte no ha vuelto a decir palabra. Cuando, tras mi muerte, os den de beber dale agua a ella en primer lugar.

Cada una de las palabras que pronunciaba el Imam Husain (que la Paz de Allah sea con él)

penetraba en el corazón herido de su hermana. Zaynab era incapaz de contestar. Lo único que le salía era sacudir la cabeza para confirmar que había entendido y que cumpliría con su deber.

- Zaynab, los hombres de Yazid os cogerán presas. Tal vez os arranquen el velo. Tal vez os exhiban en las calles de Kufa y de Damasco. Tal vez os aten u os carguen de cadenas. Incluso es posible que os golpeen y os torturen a vosotros las mujeres y los niños de la Casa del Profeta. Comienza para todos vosotros un largo período de duras pruebas, Zaynab. Te pido que jamás pierdas la paciencia y que nunca pierdas la esperanza. Zaynab, a ti y solo a ti te tocará animar a los niños y a la mujeres, y pedirles que supliquen a Allah que les ayude a soportarlo todo. Nunca olvides Zaynab que nosotros, la Gente de la Casa del Profeta, hemos de mantenernos firmes a la hora de las pruebas sin jamás maldecir nuestros a verdugos.

Cuando el Imam Husain (que la Paz de Allah sea con él) hubo acabado de hablar, Zaynab lo miró a través de sus lágrimas y dijo con dulce voz:

- Husain, hermano, te prometo que cumpliré exactamente con todo lo que me has encomendado. Hermano mío, reza por mi, que Allah me dé la fuerza y la paciencia que voy a necesitar. Con la ayuda del Todopoderoso, asumiré todas las responsabilidades que me incumben de ahora en adelante y demostraré que soy Zaynab, hermana de Husain, la hija de 'Ali y Fátima, nieta del Enviado de Allah.

El Imam Husain (que la Paz de Allah sea con él) abrazó largamente a su hermana, luego se volvió hacia Fizza su nodriza, quien le quería como si fuera su propio hijo. Había prometido a Fátima (que la Paz de Allah sea con él), la madre del Imam Husain (que la Paz de Allah sea con él), que velaría por él sin dejarlo jamás. A pesar de su avanzada edad, no había dudado en emprender ese largo y peligroso viaje, a pesar de los numerosos esfuerzos del Imam Husain (que la Paz de Allah sea con él) para disuadirla de ello.

El Imam Husain (que la Paz de Allah sea con él) entró en la tienda donde yacía, aún inconsciente, su hijo 'Ali Zayn al Abidin (que la Paz de Allah sea con él). Le tocó el hombro diciendo:

- Hijo mío, vengo a despedirme de ti. Levántate y abrazame por última vez.

'Ali Zayn al Abidin despertó de su sueño. Abrió los ojos, vio a su padre y tuvo dificultades en reconocerlo debido a las huellas que en sus rasgos habían dejado las duras pruebas vividas a lo largo del día. Mediante un esfuerzo sobrenatural consiguió sentarse sobre la cama.

- ¡Dios mío!. ¿Que le ha hecho el enemigo a mi padre para que se vea afectado en tal medida?. Padre, ¿dónde están mi tío Abbas y mi hermano Akbar?. ¿Dónde están mis primos Qasim, Awn y Muhammad?. ¿Cómo puede ser que estés en este estado si uno sólo de ellos está aún con vida para protegerte?.

- Hijo mío, todos ellos han probado el martirio defendiendo

la causa del Islam. Ya no queda ningún hombre en el campamento excepto tú y yo. Ha llegado para mi la hora de ir a mi vez a combatir y morir con las armas en la mano. He venido a despedirme.

Al oír estas palabras, ‘Ali Zayn al Abidin (que la Paz de Allah sea con él) se puso de pie y dijo titubeando:

- ¡Padre, mientras esté con vida no podrás ser matado. Te pido permiso para ir al combate como han hecho todos los demás antes que yo!.

Pero estaba ardiendo de fiebre. No pudo mantenerse de pie, sus piernas no le aguantaban...

- Hijo mío —contestó el Imam Husain (que la Paz de Allah sea con él)— te ordeno como padre y como Imam que te quedes en la cama. Tu deber es acompañar en presidio a tus tías, a tu madre, a tus hermanas y a las demás mujeres. Tu deber es andar por las calles de Kufa y Damasco con las manos y los pies cargados de cadenas. Tu deber es soportar los insultos de la corte de Yazid y soportar todo ello con entereza de alma y con paciencia. Tu deber es demostrar a todos, tanto a Yazid como a los demás musulmanes, a los vivos y a las generaciones futuras que nosotros, la Gente de la Casa del Profeta, podemos soportar todas las pruebas y todas las penas con una Fe sin cortapisas en Allah y en nuestra Causa. Tu deber, hijo mío, es probar a todos, en todas partes, en todas las épocas, que el verdadero combate, el verdadero Yihad es demostrar su Fe cuando llega la hora de las pruebas, cuando se topa con las peores dificultades, las situaciones más difíciles. Lo que vas a padecer, hijo mío, es mil veces peor que la muerte, pues la muerte conlleva alivio. Pero tu, hijo mío, deberás vivir años y años con el recuerdo de los peores sufrimientos.

El Imam Husain (que la Paz de Allah sea con él) estrechó a su hijo contra su corazón. Padre e hijo se separaron para siempre. ‘Ali

Zayn al Abidin (que la Paz de Allah sea con él), agobiado tanto por la aflicción como por su enfermedad, se desplomó inconsciente. La Misericordia de Allah le ahorró tener que asistir a la partida de su padre.



Habiéndose despedido de todo el mundo, el Imam Husain (que la Paz de Allah sea con él) montó su caballo Zulyanah.

Zaynab, sobrellevando su propia pena, se encargó de reconfortar a todos los demás. El Imam Husain (que la Paz de Allah sea con él) espoleó su montura, pero Zulyanah permanecía inmóvil. ¿Qué estaba pasando?.

El Imam Husain (que la Paz de Allah sea con él), miró a su alrededor y descubrió su hijita Sukayna que sujetaba la patas de su caballo susurrando:

- Zulyanah, te suplico que no te lleves a mi padre al campo de batalla de donde nadie ha vuelto en el día de hoy. Zulyanah mi tío Abbas marchó en busca de agua pero jamás volvió. Zulyanah, he oído que mi padre decía que quiere marchar para siempre para no volver jamás. Zulyanah, no te lleves a mi padre, si no quieres verme huérfana, sin nadie que me quiera ni se ocupe de mi.

El Imam Husain saltó del caballo y tomó a Sukayna entre sus brazos.

- Querida Sukayna. ¿Porqué no te has quedado en la jaima?. Tu madre necesita que la consueles tras la muerte de Abdallah.

Sukayna miró a su padre en los ojos.

- Padre, dime: ¿Acaso no te vas para no volver jamás?. ¿Acaso no estás a punto de dejar a tu Sukayna para siempre?. Padre, ¿cómo podrá tu Sukayna sin ti?. Cuando trajiste de

vuelta el cuerpo sin vida de mi hermano Akbar, creí que iba a morir de pena. Pero estabas conmigo, padre querido. Estabas conmigo y me consolaste. Cuando me dijiste que mi tío Abbas había marchado al Paraíso y no volvería a verlo, creí volverme loca de tristeza, pero una vez más supiste reconfortarme. Dime, padre: cuando hayas marchado ¿quién se quedará conmigo para hablarme, para tranquilizarme?. ¿Quién compartirá mis penas, quién me dirá algunas palabras de alivio?. No té dejaré marchar, padre. No marcharás.

Haciendo acopio de todo su ánimo, el Imam Husain (que la Paz de Allah sea con él) le contestó a su hija:

- Querida Sukayna. ¿Cómo podría explicarte que debo marchar al combate y ser matado?. ¿Cómo podría hacerte entender que he de morir por la Causa de la Justicia y de la Verdad y que por dicha Causa he de sacrificar todo lo que más quiero en el mundo?. Todo lo que puedo decirte es que la vida en este mundo no dura demasiado. Querida mía, no hago más que marchar un poco antes que tú, pero pronto vendrás a reunirme conmigo en el Paraíso. Ahora, Sukayna, tienes que dejarme marchar. No me retengas, sino mejor dedícame tu sonrisa más bonita para despedirte de mi.

- Papá, dices que me reuniré contigo en el Paraíso. Prométeme papá que será pronto, muy pronto. Prométeme que le pedirás a Allah que no estemos separados mucho tiempo. Prométeme también, papaito, puesto que no voy a volver a verte, que vendrás en mis sueños cada noche. ¡Prométemelo, papá!. ¡Por favor, prométemelo!.

- Te lo prometo, pequeña mía. Te lo prometo.

Sukayna se dejó deslizar de los brazos de su padre. Lo abrazó y se quedó de pie cerca de su caballo. El Imam Husain montó Zulyanah. Tuvo una última mirada para su pequeña, una última sonrisa bañada de lágrimas.

- Zulyanah, es la última vez que te monto. Llévame allí donde me espera mi destino. Llévame al final de mi viaje.

Zulyanah, espuelas, se lanzó hacia el campo de batalla, allí retumbaban los tambores de guerra y los clamores reclamaban aún más sangre.

Sukayna, inmóvil, agitaba su manita para despedirse de su padre.



- ¡Soldados de Yazid!. He venido a preguntaros si me conocéis.

El Imam Husain (que la Paz de Allah sea con él), vestido con la túnica y el turbante de su abuelo, el Mensajero de Allah (que la Paz las Bendiciones de Allah sea con él y su Familia), hacia frente, solo, a cinco mil hombres del ejército omeya.

- ¡Soldados de Yazid!. Por si entre vosotros hay aún algunos que no me conozca, os diré que soy Husain, nieto de Profeta Muhammad (PBd), que reconocéis como profeta del Islam. Soy el hijo de Fátima, hija del Profeta, de 'Ali, el primo del Profeta. Soy el último de las cinco personas de las cuales el Profeta habló tantas y tantas veces. Numerosos son entre vosotros los que han visto y oído al Profeta. A ellos les pregunto: ¿Acaso no se acuerdan de haber visto al Profeta llevarme sobre sus hombros, con mi hermano Hasan, cuando éramos niños?. ¿Acaso no han oído al Profeta decir que yo era el más querido de sus hijos?. ¿Acaso no vieron llenarse los ojos del Profeta de lágrimas al tener yo la menor pena, la menor tristeza?. ¡El Profeta ya no está, pero yo estoy ante vosotros!. ¡Habéis herido mi corazón masacrando sin piedad a mis hijos, a mis hermanos, a mis sobrinos, a mis fieles compañeros. Ni siquiera habéis preservado a mi hijo Abdallah, un pobre bebé inocente que no os había hecho

ningún daño!. ¡Cada uno de ellos ha sido matado sufriendo hambre y sed y desde hace más de tres días le habéis negado a mi Familia la menor migaja de alimento, la menor gota de agua, a pesar del calor asfixiante que reina en esta llanura!. ¡En el nombre de Allah!, os pregunto ¿qué os he hecho para merecer este trato?.

‘Umar Ibn Saad le contestó al Imam Husain (que la Paz de Allah sea con él):

- ¡Husain, nos tienes hartos con tus discursos!. Te hemos dado la posibilidad de reconocer al Califa Yazid, como tu Maestro espiritual y como tu Jefe político, y someterte a sus leyes y a su voluntad en todos los dominios. ¡Reconócelo como Amir al Mu’minín y sucesor del Profeta!. Salvarás así tu vida y le ahorrarás sufrimientos a tu familia. No tienes otra elección.

- ¡’Umar Ibn Saad!. Tu padre era un Compañero del Profeta. Tu mismo has sido testigo de lo que he dicho pues acompañabas a menudo a tu padre cuando visitaba a mi abuelo. ¿Acaso crees que voy a reconocer un criminal como mi Maestro espiritual y como Sucesor del Profeta?. ¿Acaso crees que voy a aceptar los cambios y las desviaciones que quiere introducir en la Religión sin decir nada?. ¿Crees que me someteré a tal aberración con tal de salvar mi vida y ahorrarles sufrimiento y humillaciones a las mujeres y los niños de la Casa del Profeta?. Si el abandono de los Principios del Islam y de las Enseñanzas del Corán es el precio que me pides para salvar mi vida y el honor de mi Familia, quiero que sepas que rechazo tu oferta despreciable!.

- ¡Basta Husain!. Rechazas lo único que te pedimos: reconocer la autoridad religiosa del Califa Yazid y su derecho a decidir todo lo que quiera en toda cuestión religiosa. Solo discutes con nosotros para ganar tiempo. Sabemos de sobras que no tienes ninguna oportunidad contra todo nuestro

ejército. En el estado en el que estás, incluso el más débil de nuestros soldados te vencería sin esfuerzo...

El insulto proferido por ‘Umar hizo hervir la sangre del Imam Husain. Él, el hijo del León de Allah, desenvainó su espada y rugió con voz potente:

- ¡‘Umar Ibn Saad! ¡Te propongo combatir en duelo no solo al más fuerte y al más valiente de tus hombres, sino además a todos los que quieras enviar a combatirme, uno tras otro!.

Como una serpiente helada y odiosa, el miedo se insinuó en las venas y se alojó en el corazón de los cinco mil hombres amontonados frente al Imam Husain (que la Paz de Allah sea con él). Todos se acordaron de ‘Ali (que la Paz de Allah sea con él), el padre de Husain (que la Paz de Allah sea con él), que había provocado y desafiado tantos y tantos adversarios mucho más valientes que ellos. Ninguno de ellos tuvo el coraje de recoger el desafío lanzado por ese hombre de casi sesenta años de edad, cubierto de heridas, agotado, hambriento, medio muerto de sed. ‘Umar Ibn Saad ordenó a sus arqueros que lanzaran una nube de flechas hacia el Imam Husain y a su caballería e infantería les ordenó maniobrar para rodearlo.

El Imam Husain (que la Paz de Allah sea con él) lanzó su caballo contra los que se preparaban a atacarle. Su espada segaba a todos los que se ponían a su alcance. Atravesó como una flecha el flanco izquierdo del ejército omeya, describió un círculo para derrotar su flanco derecho, volvió al centro para sembrar la confusión en la horda asustada. Todos esos cobardes no pensaban más que en salvar sus despreciables vidas para poder gozar de las recompensas que Yazid les había prometido a cambio de la cabeza del Imam Husain (que la Paz de Allah sea con él). Los que veían el nieto del Profeta caer sobre ellos suplicaban de rodillas que les perdonara la vida. Los demás huían en todas direcciones.

El campo de batalla fue limpiado de todos esos cobardes. El sol acababa de ponerse. El Imam Husain pensó que tenía tiempo de llevar a cabo la Oración de Mágrib. Envainó su espada, desmontó.

‘Umar, que le observaba de lejos, pensó que había llegado el momento de atacarle. Pero nadie quería arriesgarse a acercarse al Santo Imam, ‘Umar ordenó sepultarlo bajo una lluvia de flechas, piedras y trozos de betún ardiendo.

El Imam Husain (que la Paz de Allah sea con él), que ya estaba cubierto de heridas de la cabeza a los pies, recibió varios impactos mortales, unos tras otro. Perdía sangre en abundancia. Decidió ponerse a rezar enseguida. No pudiendo ir hasta el río para hacer sus abluciones, utilizó la ardiente arena y, acto seguido, entró en Oración.

‘Umar Ibn Saad llamó a sus soldados para que fueran cortar la cabeza al Imam Husain (que la Paz de Allah sea con él) mientras estuviera postrado con la frente contra la arena de Karbala. Pero, nadie se atrevía a acercarse al Santo Imam moribundo.

Promesas exorbitantes decidieron por fin a Shimr el Maldito, acompañado por ‘Umar en persona, a saltar sobre la espalda del Imam Husain (que la Paz de Allah sea con él) cuando este estaba acabando de rezar. Shimr levantó su sable, midiendo su golpe.

El Imam Husain (que la Paz de Allah sea con él) estaba demasiado débil para levantar siquiera la cabeza del suelo. La giró ligeramente hacía un lado, entrevió a Shimr. Con voz débil, casi inaudible, pidió:

- Shimr, tengo sed. Antes de llevar a cabo lo que quieres hacer, dame un poco de agua.

Como única respuesta Shimr golpeó con todas sus fuerzas.



Zaynab estaba envuelta en un gran velo de la cabeza a los pies, estaba subida a una colina cercana al campamento. Había asistido entusiasmada a los proezas de su hermano y a la desbandada de todo un ejército causada por un solo hombre. Su hermano el Imam

Husain (que la Paz de Allah sea con él) era el digno hijo de ‘Ali. Pero el viento había levantado un fino polvo rojizo. Ahora Zaynab ya no distinguía muy bien lo que estaba pasando. Se frotaba los ojos, intentando distinguir algo. El sol acaba de ponerse en un cielo también rojizo y vio a lo lejos las sombras de unos hombres. Uno de ellos llevaba una cabeza clavada en el extremo de una pica. Era Shimr con la cabeza del Imam Husain (que la Paz de Allah sea con él).

Los tambores de guerra resonaron estruendósamente en llano de Karbala. El ejército omeya anunciaba su victoria...



La luz de la luna no conseguía atravesar el espeso manto de polvo que llenaba el cielo. La noche era oscura en la llanura de Karbala, donde las tiendas del campamento del Imam Husain acababan de quemarse.

Poco después del Martirio del Imam Husain (que la Paz de Allah sea con él), la horda desalmada se había abalanzado al asalto. Todo fue saqueado y devastado. La familia del Profeta no acumulaba alhajas ni objetos de valor y los saqueadores se quedaron sin el botín que esperaban encontrar. Aún así arrancaron a las viudas y a los huérfanos todo lo que pudieron cogerles y se vengaron de su frustración golpeándolos y azotándolos...

Antes de dejar el saqueado campamento los secuaces de Yazid incendiaron las tiendas. Zaynab, a quien el Imam Husain (que la Paz de Allah sea con él) había confiado a los supervivientes de la masacre, se precipitó hacia ‘Ali Zayn al Abidin (que la Paz de Allah sea con él) que yacía en el suelo sin conocimiento. Hizo que volviera en si y le preguntó:

- ¡Oh hijo de mi hermano!. ¡Imam nuestro!. Los monstruos han prendido fuego al campamento. ¿Debemos quedarnos en las tiendas y así acortar nuestros sufrimientos, evitar los

ultrajes y las humillaciones?. ¿O tenemos que irnos mientras estemos a tiempo?.

Reuniendo sus débiles fuerzas, ‘Ali Zayn al Abidin (que la Paz de Allah sea con él) se había incorporado:

- Tía mía, es nuestro deber religioso hacer lo posible por permanecer con vida, por duro y poco deseable que pueda ser lo que nos espera.

Ahora, lo que quedaba de la Familia del Profeta se había reagrupado en los restos de una tienda que el incendio había consumido a medias. Zaynab reunió a los niños, alrededor de unos cuarenta, y a las mujeres. Los contó e identificó para asegurarse que no faltaba nadie. ¡Cual no fue la consternación de Zaynab, Umm Rabab y de todos los supervivientes al darse cuenta que Sukayna no estaba!. Dejando el campamento en manos de los demás, Zaynab y Kulsum se fueron en su busca. Anduvieron largo rato en la oscuridad de la noche, sin saber donde ir en el inmenso desierto. Gritaban:

- ¡Sukayna!. ¿Dónde estás?. ¡Sukayna!. ¡Contesta!.

Pero solo la queja del viento contestaba a su llamada.

Desesperada, Zaynab se dirigió hacia dónde descansaba el cuerpo del Imam Husain (que la Paz de Allah sea con él). Incluso antes de llegar, grito, con la voz ahogada por el llanto:

*- ¡Husain, hermano, no consigo encontrar a Sukayna!.
¡Husain, hermano!. ¡He perdido tu querida hija que me habías confiado!. ¡Husain, hermano!. ¡Dime dónde está!.*

Cuando Zaynab llegó cerca del cuerpo sin vida de su hermano, la luna apareció en el cielo. A través de un desgarró en la nube de polvo, iluminaba el dormido campo de batalla. Zaynab vio entonces a su sobrina. Sukayna dormía, abrazada a su padre, el rostro descansando sobre su pecho.

- ¡Sukayna, Sukayna!. ¡Despiértate!. ¡Sukayna!. ¡Sukayna!.

¿Qué haces aquí?

Sukayna levantó su rostro lleno de sueño. Bajo la tenue claridad de los rayos de luna filtrados por las nubes de polvo, Zaynab vio los ojos de su sobrina. Parecía que todo su corazón, que toda su vida se hubiesen escapado con las lágrimas que la niña había vertido. Zaynab alejó a Sukayna del cadáver decapitado de su padre. La pequeña le explicó como tras la avalancha salvaje de los esbirros del tirano, había tenido un único pensamiento: encontrar a su padre para confiarle su pena. Había andado hacia allí llamándole. Se había dejado guiar por el murmullo del viento. Cuando llegó así al cuerpo del Imam Husain (que la Paz de Allah sea con él), se lo explicó todo. ¡Todo!. Todo lo que había sufrido tras su marcha y todo lo que todos ellos habían sufrido. Como un vándalo le había arrancado los pendientes que su padre le había regalado, desgarrándole los lóbulos de las orejas y llenando su rostro de sangre. Y como esa bestia enfurecida por el llanto de la niña la había azotado, azotado y azotado. Al fin Sukayna había posado su cabeza sobre el pecho de su padre, como tantas veces había hecho, y se había dormido.

Zaynab montó guardia. Todos dormían en los restos de tienda medio consumida. Las mujeres formaban un círculo y los niños estaban en el centro. De repente se oyeron pasos.

Siluetas iluminadas por antorchas se acercaban.

- ¿Qué más queréis?. ¡Vuestras gentes ya nos lo quitado todo!. ¡Dejadnos!. ¡Dejad que los niños descansen un poco!. Si queréis asegurarnos que ya no queda nada por robar volver mañana!. ¡Aquí solo hay mujeres y niños indefensos... No vamos a desaparecer durante la noche!.

Una voz femenina contestó con educación y llena de respeto:

- Señora, no venimos para robaros. Sabemos que lo que acabáis de decir es verdad. Os traemos un poco de comida y agua para los niños y las mujeres enlutadas de vuestro cam-

pamento.

El pequeño grupo se acercó aún más. Zaynab pudo divisar una mujer al frente de algunos soldados que llevaban recipientes llenos de agua y grandes cestos llenos de pan. Zaynab preguntó quién era a la visitante:

- Señora, soy la esposa de Hur. Mi marido era general del ejército de Yazid. Mandaba mil hombres. Ayer fue al encuentro de vuestro hermano y combatió a su lado. Algunos soldados de 'Umar Ibn Saad temen que ustedes puedan morir de hambre y de sed, y no poder así llevaros ante Yazid, tal como él les ha ordenado. Me han pedido que les acompañe para traerlos bebida y comida.

- Oh hermana, contestó Zaynab. Todos nosotros tenemos una deuda con su marido, que ha dado su vida para defender a Husain. Era nuestro huésped y no pudimos ofrecerle nada, ni de beber ni de comer.

Zaynab recordó la promesa que le había hecho a su hermano, antes que él las dejara. Cogió un cuenco lleno de agua y fue a despertar a Sukayna.

- Sukayna, niña mía. Por fin hay agua para ti. Levántate, bebe. Refresca tu garganta y tus labios secos.

- Tía mía, tu también llevas días sin beber agua, ¿por qué no bebes tu en primer lugar?.

- Bebe Sukayna. Ni tu padre, ni tu tío Abbas, ni tu hermano Akbar han bebido aún agua fresca de las fuentes del Paraíso. Esperan que hayas saciado tu sed. Bebe, Sukayna, para que ellos puedan así beber el agua de Kawzar.



Tras saquear el campamento de la Familia del Profeta, los oficiales del ejército de Yazid se reunieron alrededor de su comandan-

te. Buscaban una manera de saciar su sed de venganza. Uno de ellos sugirió que los cuerpos de los Mártires del campamento del Imam Husain (que la Paz de Allah sea con él) fueran pisoteados por los caballos. A ‘Umar Ibn Saad le pareció una excelente idea y ordenó que se ejecutara inmediatamente. Sin embargo, varios miembros del clan de los Bani Asad declararon que no permitirían que se profanara de tal forma a los cadáveres de los que, entre los muertos, fueran parientes suyos. Otros esgrimieron la misma objeción con respecto a los compañeros del Imam Husain (que la Paz de Allah sea con él), fueran miembros o no de su tribu. Finalmente, ‘Umar Ibn Saad ordenó que solo el cuerpo del Imam Husain sufriera dicho trato. Se les cambiaron las herraduras a varios caballos especialmente para esta ocasión. Una vez enterrados los muertos del ejército de Yazid y decapitados los cuerpos de los Mártires, los caballeros pasaron varios veces por encima del cuerpo del Imam Husain (que la Paz de Allah sea con él), el niño preferido del Santo Profeta (que la Paz las Bendiciones de Allah sea con él y su Familia), el cuerpo de uno de los dos Príncipes de los jóvenes del Paraíso.



Fue un sol del color de la sangre el que se levantó la mañana del 11 de Muharram. ¿Era, tal vez, a causa del polvo rojizo que llenaba el aire de la llanura de Karbala?. ¿O acaso el astro del día tenía vergüenza de iluminar el espectáculo de la profanación de los cuerpos de los Mártires y la humillación de la Familia del Profeta?. ¿O tal vez estaba rojo de cólera por ser testigo impotente de tanta bajeza y tanta ignominia?.

‘Umar Ibn Saad había marchado para Damasco, pues no quería que nadie excepto él mismo anunciara la victoria al Califa. Los soldados de Yazid encadenaron a las mujeres y a los niños. Los velos que protegían a las mujeres de las miradas ajenas habían sido arrancados. Los cuellos, las manos, los pies fueron atados con cuer-

das y cadenas. Las manos de las mujeres fueron atadas al cuello de los niños. Todos fueron subidos a camellos sin silla. La caravana se puso en marcha. Al frente, en desfile, iban las cabezas de los Mártires plantadas en picas. 78 cabezas, 78 gloriosos combatientes por la Fe: además del Imam Husain (que la Paz de Allah sea con él), 17 miembros de la Casa del Profeta y 60 fieles shi'itas. La cabeza del Imam Husain (que la Paz de Allah sea con él) precedía las demás. Tras ellas, cubierto de pesadas cadenas, titubeando de fiebre y agotamiento, iba andando 'Ali Zayn al Abidin.

La caravana avanzaba con rapidez. A veces, cuando un niño resbalaba y caía al suelo, la mujer a la que estaba atado también caía. Entonces una carroña humana se lanzaba encima de ellos y les golpeaba con su látigo hasta quedar agotado...

Hacia la mitad de la tarde llegaron a las murallas de Kufa. Mientras un mensajero era enviado ante el gobernador Ubaydullah, los soldados descansaron a la sombra, comieron y se refrescaron... Los cautivos permanecieron a pleno sol, sin beber ni comer.

Volvió el mensajero. Ubaydullah Ibn Ziyad estaba esperando a los presos en palacio. El cortejo tenía que pasar por las principales calles de Kufa y atravesar el mercado principal. Se pusieron en marcha, un prigionero iba delante diciendo:

- ¡Habitantes de Kufa!. ¡Husain Ibn 'Ali, que se había negado a reconocer la autoridad del "Comendador de los Creyentes", vuestro querido Califa Yazid, ha sido matado así como sus shi'itas!. ¡Las mujeres y los niños de su Familia ha sido hechos prisioneros. Serán conducidos ante el Califa quien decidirá que castigo deberá serles aplicado!. ¡Habitantes de Kufa!. ¡Esta es la suerte que le espera a todo aquel que ponga en duda la autoridad del Califa!... ¡Habitantes de Kufa!. Husain Ibn 'Ali, quien había rechazado...

La multitud, muda, agobiada, se apretujaba al paso del cortejo. En las ventanas, en las terrazas, mujeres y niños miraban con los ojos bien abiertos. Nadie decía nada. A veces se oía un llanto

reprimido.

Con el rostro oculto por sus cabellos, que le hacían de velo, encadenada, agotada, Zaynab se incorporó. Se mantuvo de pie encima de su montura. Su voz ahogó la del pregonero que andaba bastante más adelante:

- ¡Gentes de Kufa!. ¡Soy Zaynab, la hija de ‘Ali, Amir al Mu’minin, y de Fátima la Resplandeciente!. ¡Soy la nieta del Enviado de Allah!. ¡Soy la hermana de Husain, vuestro Imam, a quien habéis matado!. ¡Gentes de Kufa!. ¡Gentes de traición y perfidia!. ¿Acaso lloráis ahora?. ¡Que vuestras lágrimas no se sequen jamás!. ¡Que vuestros gritos nunca cesen!. ¡El mal que habéis cometido es tan grande que Allah está furioso con vosotros. Permaneceréis eternamente en el Fuego!. ¡De vuestra traición sólo recolectaréis vergüenza y deshonor!. ¿Cómo podríais ser perdonados por el asesinato del hijo del Santo Profeta, Huyyatullah, la Prueba de Allah en la tierra, vuestro Imam?. ¡Sufrid las consecuencias de vuestro crimen!. ¡Sed humillados y envilecidos!. ¡La desgracia sea con vosotros, gentes de Kufa!. ¡Que una lluvia de sangre caiga sobre vuestras cabezas!. ¡Que la tortura sin fin sea vuestro lote en el Más Allá!.



Las puertas del palacio del gobernador habían sido abiertas para permitir que todo el mundo viniera a felicitar a Ubaydullah Ibn Ziyad por su victoria sobre el Imam Husain (que la Paz de Allah sea con él). Estaba sentado en su trono y parecía feliz. Jugaba distraídamente con una barra de hierro con la cual daba golpecitos a la cabeza del Imam Husain (que la Paz de Allah sea con él) que había sido dejada a sus pies. Un anciano, Compañero del Santo Profeta (que la Paz las Bendiciones de Allah sea con él y su Familia), Zayd Ibn Arqam, se escandalizó ante tal espectáculo:

- ¡Saca esa barra de encima de este noble rostro, pues vi con

mis propios ojos como los labios del Profeta lo besaban innumerables veces!.

Y sollozó.

Ubaydullah se encolerizó:

- ¡Si no fueras un viejo senil que ha perdido la razón, te habría hecho decapitar al instante!.

Zayd Ibn Arqam salió, agobiado, acordándose de los tiempos felices en que el Profeta jugaba con su nieto, lo abrazaba y lo besaba...

Los cautivos fueron conducidos ante el gobernador quien hizo que se los presentaran uno a uno. Cuando le llegó el turno al Imam 'Ali Zayn al Abidin (que la Paz de Allah sea con él), Ubaydullah preguntó:

- ¿Quién eres?.

- Soy 'Ali Ibn Husain.

- ¿Pero..., 'Ali Ibn Husain no ha muerto?.

- Tenía un hermano que también llevaba este nombre. Las gentes lo mataron.

- Fue mas bien Allah quien lo mató.

- Allah acoge las almas en el momento de la muerte...

- ¿Cómo te atreves a hablarme en ese tono?. ¡Ahora verás!. ¡Ningún hijo de Husain debe quedar con vida!. ¡Verdugo córtale la cabeza!.

Zaynab saltó, se agarró al hijo de su hermano y gritó:

- ¿No crees que has vertido nuestra sangre suficientemente?. ¡Por Allah, no lo abandonaré. Si lo matas, mátame también con él!.

Ubaydullah dudó:

- ¡Qué cuadro familiar más emotivo!. ¿Te gustaría que te matara Zaynab?. ¡No te voy a dar ese gusto!. Al fin y al cabo es el Califa Yazid quien decidirá la suerte del hijo de Husain... Sabes, Zaynab, cuando habéis entrado, me ha costado creer que tenía ante mi a la Familia del Profeta... Mas bien pensaba que tú y las demás mujeres no erais mas que vulgares esclavas que habían sido compradas en el mercado.

Zaynab contestó al insulto:

- ¡Hijo de Ziyad!. Somos las hermanas de Husain, las hijas de 'Ali, las nietas de Muhammad a quien aceptas como Profeta. Tu y los demás secuaces de Yazid, habéis canjeado los Principios del Islam por algunas migajas materiales. Hoy te enorgulleces y te pavoneas de la victoria de tus cinco mil cobardes contra un puñado de héroes. Te crees poderoso porque puedes insultar impunemente a mujeres y a niños indefensos. Pero te advierto, hijo de Ziyad, la muerte va a abatirse sobre ti. Entonces tendrás que rendir cuentas por tus crímenes, tendrás que pagar por el asesinato del nieto del Profeta y de todos los que estaban con él, a los cuales les reprochabas el hecho de rechazar la autoridad religiosa de un borracho y un degenerado.

Las palabras de Zaynab causaron el efecto de un trueno. Ubaydullah la escuchaba observando las reacciones de los presentes. Vio que todos escuchaban atentamente. Algunos asentían con la cabeza, otros se secaban una lágrima que no habían conseguido reprimir.

Ubaydullah vio que todos, casi sin excepción, admiraban el valor de esa mujer, y se dijo que sería capaz de sublevar la ciudad entera contra él. Chillando, le ordenó que se callara, amenazándola con los peores castigos, a ella misma y a los demás, si no obedecía. Zaynab prosiguió con más entusiasmo. Habló de los méritos de su hermano, el Imam Husain, y los puso en paralelo con los vicios del hijo de Muawiyah. Denunció la manipulación que el dictador omeya

estaba infligiendo al Mensaje del Islam. Describió con detalle las atrocidades cometidas por los hombres del Califa en Karbala.

Ubaydullah llamó a su guardia y le mandó evacuar a los presos inmediatamente. Ordenó a Shimr que tomara al instante la ruta de Damasco con tal de no prolongar la estancia de Zaynab y los demás en Kufa. Él mismo, loco de cólera, salió del palacio para ir a la Mezquita.

Desde lo alto del púlpito, Ubaydullah miró al gentío que estaba a sus pies. Estaba ebrio de orgullo de ser gobernador de esa ciudad, así como de la pérfida victoria que sus tropas acababan de conseguir. Quería recobrar del mal momento que Zaynab les había hecho pasar. Esa mujer le había estropeado el placer que quería obtener mediante su éxito. Tomó la palabra, dirigiéndose a los habitantes de Kufa:

- ¡Gloria a Allah, que ha hecho triunfar la Verdad y sus partidarios, que ha dado la victoria al Comendador de los Creyentes Yazid y que ha acabado con Husain el mentiroso, hijo de 'Ali el mentiroso, y también con sus shi'itas!.

Una voz le contestó haciendo temblar las paredes de la mezquita:

- ¡Cállate enemigo de Allah!. ¡Deja ya de blasfemar!. Eres un mentiroso, como también lo es tu padre, así como lo son el que te ha dado tu cargo y el padre del mismo!. ¡Has asesinado a los descendientes de los Profetas y ahora te atreves a presentarte en este púlpito en vez de ellos!.

Ubaydullah se puso pálido, incapaz de proseguir:

- ¡Atrapadlo!.

Los soldados capturaron al hombre, Abdallah Ibn Afif, shi'ita de Imam 'Ali. Abdallah dio el grito de guerra de su tribu, los Azd. De inmediato, setecientos guerreros se juntaron con la espada en la mano. Ubaydullah se vio forzado a haber soltar a Abdallah. Pero

caída la noche, sus secuaces se introdujeron en la casa del valeroso shi'ita. Lo mataron y lo crucificaron en la puerta de su casa.



La caravana de cautivos se puso de nuevo en camino, precedida por las cabezas de los Mártires. Pero ya no se trataba de un cortejo triunfal. Ubaydullah ordenó a los guardias que tomaran las pistas menos frecuentadas, por miedo a que los shi'itas del Imam Husain intentaran liberar a los presos y vengar a los Mártires. Los guardias también tenían la orden de no tener ningún tipo de compasión con las mujeres y los niños. El Imam 'Ali Zayn al Abidin (que la Paz de Allah sea con él) aún estaba enfermo y seguía la caravana con muchas dificultades. Una pesada cadena le ligaba los pies a su propio cuello. Si intentaba alargar el paso o andar más rápidamente caía irremediamente. Entonces uno de esos brutos bajaba del caballo y lo azotaba con su látigo...

Durante esa interminable travesía de los desiertos de Mesopotamia y de Siria, ocurrió que Sukayna cayó de su camello. Zaynab, que se encontraba en el camello que seguía detrás de éste, dio la alarma. Los guardias no le prestaron la menor atención. Desesperada, Zaynab dirigió su mirada hacia la cabeza del Imam Husain (que la Paz de Allah sea con él) que encabezaba el cortejo en lo alto de una pica:

- ¡Husain, hermano mío, me pediste que cuidara lo mejor posible de Sukayna pero ella ha caído de su montura y no puedo hacer nada por ayudarla!.

Tras lo cual Le rogó a Allah que tuviera piedad de ella y que la socorriera.

La caravana no había dado tres pasos cuando la pica que llevaba la cabeza del Imam Husain escapó de las manos del que la llevaba y fue a clavarse directamente en el suelo. El hombre saltó del caballo para recogerla y retomar la marcha. Pero no conseguía arran-

carla de la arena, estaba como soldada, a pesar de que el soldado era un verdadero coloso. Comprendió que si lo que estaba ocurriendo era conocido por los demás se produciría el pánico generalizado y los guardias huirían despavoridos. Sin perder un instante corrió a decirle a Shimr lo que estaba ocurriendo. Shimr reflexionó un instante y, luego, con el látigo en mano, se dirigió hacia el Imam ‘Ali Zayn al Abidin (que la Paz de Allah sea con él).

- ¿Qué está pasando aquí?. ¿Quién es el responsable de todo esto?.

El Imam Zayn al Abidin miró hacia la cabeza de su padre y luego en dirección a su tía Zaynab. Ella le explicó la caída de Sukayna y la indiferencia de los guardias. Shimr dio media vuelta y marchó en sentido opuesto al de la caravana. Encontró a la niña desmayada. Se había herido al caer. Tan pronto como la entregaron en brazos de Zaynab, la pica que aguantaba la cabeza del Imam Husain (que la Paz de Allah sea con él) pudo ser sacada de la arena sin el menor esfuerzo.



La travesía del desierto de Siria, sembrado de zarzas espinosas fue para el Imam ‘Ali Zayn al Abidin un suplicio espantoso. Además los monstruos humanos que llevaban la caravana lo forzaban a andar a la velocidad de los camellos. Por la noche, solo se paraban unas horas y mientras los guardias festejaban, los cautivos apenas recibían lo mínimo para no morir de sed y de hambre.

Una noche la caravana paró al lado de una ermita. El monje que ahí vivía había pasado toda su vida en oración, meditando y adorando a Allah. Shimr confió las cabezas a su vigilancia, seguro de que no había riesgo de que fueran robadas. Una simple mirada al rostro del Imam Husain (que la Paz de Allah sea con él) le convenció de que se trataba de la cabeza de un Santo. La cogió y la puso a su lado mientras descansaba un poco. Vio en sueños a todos los Profetas y a los ángeles bajar del Cielo y posarse encima de la ca-

beza del que descansaba a su lado...

Se despertó y se preguntó lo que tenía que hacer. Decidió interrogar al jefe de la caravana respecto a la identidad de las personas decapitadas, de las mujeres y los niños que estaban detenidos como prisioneros. Salió pues de la ermita, despertó a Shimir y le preguntó. Shimir le reveló que era el nieto del Profeta Muhammad, que había rechazado reconocer la autoridad religiosa de Yazid y que había sido matado por esa causa, al mismo tiempo que sus parientes y partidarios. Le dijo que los cautivos eran los supervivientes de la Familia del Profeta y que eran conducidos ante Yazid quien decidiría el castigo que debía serles impuesto. Indignado, el hombre exclamó:

- ¡Que la Maldición de Allah caiga sobre vosotros!. ¿No os dais cuenta del horror del crimen que habéis cometido cortándole la cabeza al nieto de vuestro Profeta?. ¡No hay duda de que este hombre era un Santo!. ¡La vergüenza caiga sobre vosotros, cobardes!. No teníais bastante con la ignominia que habéis cometido, sino que además habéis maltratado a mujeres indefensas y a niños inocentes!.

Shimir ya estaba de muy mal humor por haber sido despertado en mitad de la noche, fue presa de un ataque de rabia. Cogió su espada y, de un golpe, le cortó la cabeza al eremita. No tuvo el menor respeto por las premisas dadas por el Santo Profeta referentes a la protección que debe ser otorgada a los que se retiran de este mundo y entregan su existencia a la oración y a la penitencia. ¿Pero el que había demostrado tanto desprecio por la vida del nieto del Profeta podía demostrar el más mínimo respeto a los mandatos del Enviado de Allah?



Siguiendo a marchas forzadas, la caravana llegó pronto a Damasco. Hizo parada ante las murallas que ceñían la ciudad. Un mensajero fue enviado al palacio del Califa, para recibir órdenes de

las instrucciones de Yazid. Este había sido advertido por Ubaydullah de los incidentes que se habían producido en Kufa. Juzgó pues, que era más prudente no desvelar la identidad de los cautivos y había hecho correr el rumor de que un príncipe árabe se había rebelado contra su autoridad, se había enfrentado contra su ejército invencible y había sido derrotado con su puñado de partidarios. Un pregonero público confirmó oficialmente esta noticia, precisando que para dar ejemplo las cabezas de los culpables habían sido cortadas y llevadas ante el Califa, así como la familia del príncipe insurrecto. El día de hoy era pues proclamado día de fiesta para celebrar la victoria del Comendador de los Creyentes.

Se decoró a toda prisa la ciudad, se prepararon banquetes ofrecidos al pueblo y todos los cortesanos y los embajadores destacados en Damasco fueron convocados a la gran recepción que debía tener lugar esa misma noche en palacio. Mientras los preparativos se llevaban a cabo, los cautivos esperaban a pleno sol. Grupos de curiosos se acercaban para ver a los presos que se llevaba ante el Califa. El espectáculo de esas mujeres y, sobre todo de los niños, medio muertos de hambre y de sed, delgados hasta el punto de dar miedo, encadenados, cubiertos de polvo y de sangre seca emocionó a más de un testigo. Algunos de esos curiosos tiraron a los niños dátiles secos de los que se utilizaban entonces para dar la limosna.

Los desdichados niños hambrientos cogieron los dátiles y estaban a punto de saciar con ellos su hambre cuando Zaynab y las demás mujeres les prohibieron comer ni uno sólo y les ordenaron devolverlos a los que los tiraban. Zaynab, con el rostro aún cubierto tras sus cabellos, tomó la palabra:

- Os doy las gracias por vuestra atención hacia nuestros hambrientos hijos. Pero somos la Familia del Profeta de Allah y el Enviado de Allah nos ha prohibido comer las limosnas. En ningún caso nos está permitido transgredir sus órdenes.

Las gentes quedaron estupefactas al oír esta respuesta. No sabían que era lo más sorprendente, el rechazo a dar de comer a los

niños o el hecho de que miembros de la Familia del Profeta estuvieran cautivos y en tal estado. El rumor se propagó en la ciudad, las preguntas y las suposiciones empezaron a proliferar.



Por fin llegó la orden de que los cautivos fueran llevados a palacio. Cuando aparecieron ante él, Yazid no pudo creer que se tratara de la Familia del Profeta. Esas gentes descarnadas, casi fantasmas... Esos esqueletos con harapos recubiertos de polvo, con heridas sangrientas a causa de las caídas y los azotes... Esos espectros encadenados, hambrientos, agotados...

- ¡'Umar Ibn Saad!. ¡Te has burlado de mi!. No son las hermanas y las hijas de Husain... ¿Dónde has comprado a estos y dónde has escondido a los otros?.

Yazid estaba ebrio. Sentado en un trono elevado, con un plato de oro macizo a sus pies donde había hecho colocar la cabeza del nieto del Profeta. En su mano sostenía una copa de vino que un escanciador llenaba antes de que estuviera vacía. Yazid sacaba espuma por la boca de rabia, los ojos inyectados de sangre. 'Umar Ibn Saad se tiró a sus pies.

- ¡Ten piedad de mi, Comendador de los Creyentes!. Tu humilde esclavo ha actuado exactamente según tus órdenes. Los que están ante ti son Zaynab y Kulsum, las hermanas de Husain, Umm Layla y Umm Rabab sus viudas, Sukayna y Rukayya sus hijas y los demás son los parientes y los huérfanos de sus próximos y de sus shi'itas. Ante ti he traído también a 'Ali Zayn al Abidin, hijo de Husain.

Yazid miró a los cautivos. No podía ver el rostro de las mujeres pues todas se ocultaban tras sus cabellos. Una de ellas parecía además esconderse tras una anciana. Yazid la señaló con el dedo:

- ¡Aquella de allí, la que se esconde!. ¿Quién es?.

- *Majestad, es Zaynab*, –contestó ‘Umar, quien se había vuelto a levantar–. *Es la hija de ‘Ali y Fátima. La vieja que la esconde se llama Fizza. Se jacta de denominarse a si misma como esclava de Fátima y de Zaynab.*

Yazid eructó:

- *No permito que nadie esconda a mis presos de mi vista. ¡Shimr!. ¡Quítame la vieja de en medio, que pueda contemplar a gusto la hija de Fátima!*

Shimr se acercó con el látigo en la mano. Fizza, al ver los esclavos abisinios que estaban, sable en mano, tras el trono del Califa, se dirigió a ellos:

- *¡Oh hermanos!. ¿Que ha pasado con vuestro sentido de fraternidad y vuestro honor?. ¿Acaso dejaréis que se moleste ante vosotros, sin reaccionar, a una dama anciana de vuestro país cuando cada uno de vosotros sostiene un arma?*

Con estas palabras de Fizza, varios esclavos dieron un paso adelante. Uno de ellos se dirigió a Yazid:

- *¡Comendador de los Creyentes!. ¡Di a este hombre que no levante el látigo sobre nuestra princesa, de lo contrario correrá la sangre en tu palacio!*

A pesar de estar ebrio, Yazid se dio cuenta de que el hombre hablaba en serio. Sus esclavos se rebelaban. El cobarde vestido de príncipe fue presa del pánico. Contestó con una gran sonrisa:

- *¡Mis fieles servidores!. Estoy orgulloso de ver hasta qué punto habéis conservado el sentido de honor. Os prometo que nadie maltratará vuestra a compatriota.*

Yazid calmó su angustia tragando un poco más de vino. Temblaba de furor. ¿Cómo lavar la afrenta que acababa de padecer públicamente?. A su alrededor, cerca de mil cortesanos y embajadores se hallaban congregados. Todos habían sido testigos de su humillación. En la mano que no sostenía la copa de vino, tenía una

caña, con un mango de oro. Lo utilizó para golpear los labios del Imam Husain (que la Paz de Allah sea con él). Carcajeó:

- ¡Oh, los hermosos labios que besaron a Muhammad!. ¡Qué contentos estarían mis antepasados de contemplar esta escena!. ¡Todos mis valerosos antepasados que mató Muhammad, desde Badr hasta Hunayn!. Sus almas deben estar contentas hoy al ver que yo, Yazid, los he vengado destruyendo la familia de su enemigo!.

Los cautivos se quedaron en silencio. Ni Zaynab, ni ‘Ali Zayn al Abidin quisieron rebajarse dando réplica al borracho. Pero el embajador de un país extranjero, asqueado y indignado por tanta ignominia, se levantó. Se llamaba Abdul Wahab:

- ¡Oh rey!. ¡Me gustaría saber quién era el hombre cuya cabeza está a tus pies y qué crímenes imperdonables cometió para que trates así sus despojos y a su familia, incluso tras su muerte!.

- Son las gentes de la Familia del Profeta del Islam. Osaron desafiar mi autoridad. Estas mujeres y estos niños son mis esclavos voy a someterles a un trato que aún nadie ha infligido a ser humano alguno. Así, nadie más se atreverá a levantar el dedo meñique contra mi!.

Abdul Wahab era un hombre instruido. Había estudiado mucho la vida y las Enseñanzas del Santo Profeta (que la Paz las Bendiciones de Allah sea con él y su Familia) y de sus Descendencia (que la Paz de Allah sea con él). Reflexionó un momento. Plena-mente consciente de lo que le costaría lo que iba a decir, dejó de lado toda diplomacia:

- ¡Oh rey!. ¡Has cometido el más odioso de los crímenes contra tu religión y contra la humanidad. Has masacrado de la manera más odiosa la Familia de tu propio Profeta, gentes piadosas que vivían santamente. Tratas a sus supervivientes más brutalmente que si fueran animales. Las gentes

de mi pueblo me muestran respeto por el simple hecho que soy descendiente de uno de sus Profetas. Pero has caído en la más baja de las infamias!.

Volviéndose hacia el Imam ‘Ali Zayn al Abidin, Abdul Wahab prosiguió:

- ‘Ali Ibn Husain, lo que he visto y oído hoy me ha convencido que tu padre era la más noble alma que había en la tierra entera y el más valiente de los hombres por haber combatido como lo hizo la injusticia, la tiranía y la opresión. Declaro mi Fe en la Religión de tu padre, esa religión en defensa de la cual vertió su sangre. Te escojo como testigo de mi testimonio de Fe.

Una ola de injurias salió de la boca de Yazid. Ordenó que arrestaran el embajador y que se le ejecutara de inmediato. Un silencio pesado reinaba ahora. Los testigos se habían quedado mudos de admiración ante el coraje de Abdul Wahab y la verdad de sus palabras...

Yazid intentó calmar sus nervios bebiendo copa tras copa. Le hacia falta restablecer el orden como fuera, vengándose con alguien. Se levantó, señaló al Imam Zayn al Abidin y aulló:

- ¡Tú! ¡Eres tu el responsable de todo esto! ¡Eres tu quien ha incitado a este loco a insultarme!.

Se calló un rato, como si intentara reflexionar a través de los vapores del alcohol.

- ¡Voy a hacerte cortar la cabeza aquí mismo, ante mí! ¡Ante todo el mundo!, ¡ante tu madre, tus hermanas, tus tías y todos los demás!.

Vació otra copa.

- ¡No, esa muerte sería demasiado suave para ti. Voy a torturarte para que mueras poco a poco. Voy a hacerte sufrir lo que nadie ha sufrido hasta ahora. Tu mismo me suplicarás

que acabe contigo!

Con estas palabras, Yazid se echó a reír. Era la risa histérica de un demonio ebrio que había perdido el control de si mismo.

El Imam ‘Ali Zayn al Abidin contestó con voz débil pero clara y firme:

- Yazid. Las torturas que nos has infligido no pueden superar en horror todo lo que tu mente enferma pueda imaginar. Para mi, la peor de las torturas, es estar ante ti con las mujeres de la Familia del Profeta sin velo para preservar sus rostros de tu mirada viciosa. Sobre todo, no creas que ni yo ni mis próximos estemos asustados o intimidados por tus amenazas. Nosotros, la Gente de la Familia del Profeta hemos sido educados desde la infancia para soportar todas las pruebas, todos los sufrimientos. Aquellos a quien Allah ama, son sostenidos por Él en todas las pruebas y, en el Más Allá, disfrutarán de Sus Favores.

Murmullos de admiración se elevaron entre la asistencia. Todos tenían que reconocer que ‘Ali Zayn al Abidin era el digno descendiente del enviado de Allah. Yazid se dio cuenta de los sentimientos que animaban los presentes. Temió que algunos pensarán en derrocarlo para instalar en el trono al hijo del Imam Husain. El carácter escurridizo que había heredado de su padre vino en su ayuda. Echó a reír:

- ¡‘Ali, no me hagas reír!. ¿No es acaso Allah mismo quien ha hecho morir a tu padre?. ¿No es Allah quien lo ha castigado por haberse rebelado contra el Comendador de los Creyentes?.

- ¡No tirano!. ¡No deformes los versículos del Corán. No cambies su significado!. En Su Infinita Sabiduría, Allah da a cada uno el tiempo y las oportunidades de actuar bien o mal, con justicia o como opresor. El Castigo Divino siempre alcanza a los tiranos, tarde o temprano. ¿Acaso no nos na-

rra el Santo Corán las vicisitudes de los Profetas, que han sufrido mil males de parte de los pueblos a los que fueron enviados?.

Yazid no sabía qué contestarle pues tenía el espíritu demasiado impregnado por el alcohol para encontrar una réplica. Un cortesano, siempre pendiente de obtener un favor, tuvo una idea para hacer bajar la tensión que ascendía peligrosamente. Avanzó hacia el trono y, prosternándose a los pies de Yazid, pidió:

- ¡Oh Comendador de los Creyentes!. ¡Oh mi Maestro!. Imploro a su majestad que me conceda una recompensa por los servicios que le he rendido. Ofrécame como esclava a Sukayna, la hija de Husain.

Zaynab estrechó a Sukayna entre sus brazos y replicó:

- ¿Quién te has creído que eres, miserable lacayo de Yazid?. ¿Has perdido todo sentido de la medida?. ¿Acaso crees que eres de tan alta alcurnia que te vamos a dar como esclava a la nieta del Profeta?.

- ¡Cállate! —cortó Yazid— ¡Aquí soy yo quien decide y se hace lo que yo quiero!.

- No Yazid. No eres tu quien mandas. Ni aquí, ni en ninguna parte. Allah no te dejaría cometer tal aberración si antes no rechazaras públicamente el Islam y abrazaras otra religión.

- ¿Es a mi a quien hablas así?. ¿A mi, el Comendador de los Creyentes?. ¡Es tu padre quien se salió de la religión y también tu hermano!.

- ¡Mientes enemigo de Allah!. Pretendes ser el Comendador de los Creyentes cuando ordenas la injusticia, combates la virtud, oprimes a los débiles sin defensa!.

El cortesano insistió:

- Dame esa niña...

Yazid lo rechazó:

- *¡Mejor quédate soltero!. ¡Que Allah te de la muerte!.*



La celda estaba hundida en la oscuridad a pesar de que en el exterior lucía un sol deslumbrante. El Imam ‘Ali Zayn al Abidin rezaba con la frente posada contra el suelo. Los demás supervivientes de la Familia del Profeta también rezaban en las tinieblas de la cárcel. Zaynab rezaba sentada de tanto como habían declinado sus fuerzas. La comida era tan escasa que cedía su insignificante ración a los niños, contentándose con un poco de agua. Estaba demasiado débil para aguantarse en pie.

Las horas pasaban. Los presos no dejaban de rezar. Solo interrumpían sus actos de devoción para llorar amargamente el recuerdo de los seres queridos que habían perdido en Karbala. Fuera el día había dejado paso a la noche, lo cual no cambiaba en nada la noche de las celdas.

Un grito y lloros llevaron a Zaynab hasta Sukayna.

- *¡Tía mía!. ¡He visto a mi padre en sueños!. ¡No lo había vuelto a ver desde que nos dejó aquel horrible día!. Entonces se lo he contado todo. Todo lo que hemos aguantado hasta hoy. Me ha dicho: “Sukayna, tus sufrimientos ya han durado bastante. Sukayna, hija mía, he venido a buscarte”.*

Sukayna echó a llorar y las demás mujeres y los niños también se echaron a llorar. Yazid, que en esos momentos pasaba cerca de un respiradero del calabozo, preguntó que estaba pasando. Los guardias dijeron que Sukayna, la hija del Imam Husain, quería ver el rostro de su padre. Yazid dio órdenes.

Poco después, unos guardias entraron en la celda. Uno de ellos llevaba una bandeja de plata cubierta con un paño de seda. El guardia posó la bandeja ante Sukayna y quitó el paño. La antorcha ilu-

minó la cabeza del Imam Husain (que la Paz de Allah sea con él).

Sukayna se abrazó a la cabeza de su padre, como lo había hecho miles de veces en el pasado, cuando estaba vivo. Al cabo de un rato se calmó su llanto.

Zaynab se acercó a Sukayna que estaba inmóvil, acurrucada alrededor de la reliquia del Imam.

- *Sukayna, hija mía, no te quedes así.*

Sukayna no contestaba. Zaynab quiso despertarla tocándole suavemente el hombro. Pero Sukayna había dejado de vivir. Su amado padre había cumplido la promesa que le había hecho en sueños. Ahora estaba con él en el Paraíso.



Los informes de su policía no dejaban de preocupar a Yazid. Demasiada gente murmuraba contra él. Demasiados rumores circulaban referentes a la suerte cruel que había infligido a la Familia del Profeta. Las mujeres incluso trataban de cobardes a sus maridos porque no se oponían al tirano.

Yazid había perdido el sueño. Temía seriamente ser derrocado. A pesar de casi cincuenta años de presencia omeya, a pesar de casi un cuarto de siglo de poder absoluto, primero en manos de su padre y luego entre sus manos, a pesar de todos los esfuerzos desplegados para inculcar a las masas el odio a la Familia del Profeta, a ‘Ali, a Fátima, a Hasan y a Husain (que la Paz de Allah sea con él); a pesar del temor que la gente sentía por la descendencia de Abu Sufián, a pesar de todo ello, Yazid, en su feudo de Damasco, temía por su trono.

Entonces decidió excarcelar a los supervivientes de la masacre. Afirmó públicamente que lo habían engañado, que Husain (que la Paz de Allah sea con él) no había sido tan rebelde como le habían explicado. Juró que nunca había ordenado que se matara al nieto

del Profeta y que si él, Yazid, hubiera estado presente en Karbala, no habría permitido que le hicieran lo que le hicieron. Ofreció al Imam ‘Ali Zayn al Abidin, a Zaynab y a Kulsum, a todos y a todas, todo lo que pudieran desear. Lo único que el Imam ‘Ali Zayn al Abidin pidió fue que se les restituyera los pobres bienes que les habían sido robados. Se llevaron con ellos dichas reliquias y también las cabezas de todos los Mártires.

Viajando de noche y acompañados por una escolta que alejaba de ellos todos los inoportunos, volvieron al lugar del Sacrificio, en la llanura de Karbala. Enterraron las cabezas a lado de los cuerpos de los Mártires. Pastores nómadas habían recubierto ligeramente con arena los cadáveres mutilados y un compañero del Santo Profeta, Yabir Ibn Abdallah les había dado verdadera sepultura.

El Imam ‘Ali Zayn al Abidin, las mujeres y los niños de la Familia del Profeta marcharon luego a Medina. Llegaron a la ciudad el 8 del mes de Rabi’ al Awwal del año 61 de la Hégira... Habían dejado Medina seis meses y medio antes, el 28 de Rajab del año 60, siguiendo al Imam Husain.



Un año después del Sacrificio del Imam Husain, los habitantes de Medina se sublevaron contra el dictador impío. Derrocaron su gobierno y los sustituyeron por Abdallah Ibn Hanzalah. El ejército de Yazid atacó la ciudad del Profeta. Yazid entregó la ciudad a sus soldados durante tres días. Más de diecisiete mil medineses fueron masacrados, las casas y los almacenes fueron saqueados y las mujeres violadas: “Mil mujeres quedaron en cinta durante esos días, aunque no estaban casadas...”.

El año siguiente, otro levantamiento tuvo lugar. El jefe de los sublevados era Abdallah Ibn Zubayr. El mismo ejército que había atacado la ciudad santa del Mensajero de Allah (PbD) marchó hacia la Santa Meca, donde el hijo de Zubayr se había atrincherado. Las catapultas y otras máquinas de guerra del ejército omeya lan-

zaron tantos proyectiles sobre la Santa Kaaba que un muro se hundió y un incendio abrasó la Casa de Allah. Durante los días que siguieron a esta imperdonable profanación Yazid murió.



Según Ibn Kathir, cuando se le preguntó si era lícito maldecir a Yazid, Ahmad Ibn Hanbal, respondió:

- *¿Cómo no maldeciré a aquel de Dios El Mismo maldice?*



¡Por cierto que Dios y Sus ángeles bendicen al Profeta!. ¡Oh vosotros los que creéis, bendicidle, y dirigidle vuestros saludos de Paz!.

Dios mío Bendice a Muhammad y a la Familia de Muhammad



Acciones recomendables en la jornada de Ashura

Las oraciones prescritas para la noche de Ashura

Muchas oraciones están prescritas para la noche de Ashura, pero en este pequeño libro no es posible tratar de ellas en profundidad. De todas formas intentaremos hacer una aproximación a ellas aún de forma somera.

En primer lugar podemos rezar 100 *rakats* (ciclos de oración) como *nafla* (acto voluntario meritorio), las cuales se realizan de dos en dos, de forma similar al Salat del Fayr. En cada una de estas *rakats*, y tras recitar Surat Al Hamd, recitaremos tres veces Surat Al Ijlas.

Una vez realizadas estas oraciones recitaremos lo siguiente 70 veces:

Gloria a Allah y toda alabanza es para Allah y no hay divinidad sino Allah, y Allah es lo Más Grande, y no hay fuerza ni poder sino a través de Allah, Todopoderoso, el Grandioso.

Hacia el final de la noche es recomendable rezar 4 *rakats*, también realizadas de dos en dos, de la siguiente manera:

En cada *rakat* después del Surat Al Hamd se recita Ayat Al

Kursi una vez, Surat Al Ijlas una vez, Surat Al Falaq una vez y Surat An Nas una vez.

Después de la oración es recomendable emplear el mayor tiempo posible en la remembranza de Allah.

Seguidamente se pide la Bendición para Muhammad y su progenie, la Paz sea con todos ellos, y se invoca la máxima maldición de Allah para sus enemigos, permaneciendo en vela el resto de la noche.

Si es posible, es altamente recomendable hacer una visita a la bendita tumba de Hazrat Imam Husain, la Paz sea con él, y pasar toda la noche allí adorando a Allah.

Según algunas narraciones la recompensa para quien se mantenga despierto en esta noche adorando a Allah, es igual a la adoración de todos los ángeles y su propia adoración durante setenta años, y en el Día del Juicio resucitará impregnado en la sangre de los mártires y dará cuenta de sus actos junto a Hazrat Imam Husain, la Paz sea con él, y sus compañeros.

El día de Ashura

El 10 de Muharram es el día de martirio del Imam Husain (P) y, para los Santos Imames (P) y sus seguidores, es un día de gran tristeza y calamidad. Por ello los amantes de la familia del Santo Profeta (PBd) no deben trabajar en este día. Más bien deben emplear el tiempo en lamentar este acontecimiento de igual modo que si se tratase de la muerte de un ser cercano o pariente.

En este día hay que invocar la maldición de Allah y la condenación eterna para los asesinos de Hazrat Imam Husain (P) y debemos darnos mutuamente el pésame por el martirio del Imam Husain (P) con las siguientes palabras:

Dios mío, otorgarnos a nosotros y a ellos una gran recompensa por nuestra pena por Husain, la Paz sea con él, y

haznos a nosotros y a ellos de entre sus vengadores con nuestro Custodio, Imam Al Mahdi, que pertenece a la progenie de Muhammad, la Paz sea con él.

En este día está altamente recomendado para los Shi'as lamentar juntos los eventos trágicos de Karbala.

La recompensa por el agua que se ofrece a la gente que está cerca de la Sagrada tumba del Imam Husain es igual a extinguir la sed de ejército del Imam Husain (P).

En Ashura es recomendable la realización de cuatro *rakats* rezadas de dos en dos. El tiempo de esta oración voluntaria es en el momento del Asr.

Los amantes de la familia del Profeta (PBd) no deben tomar alimento en este día hasta después de Asr. El ayuno mantenido en el día de Ashura está prohibido ya que ha sido una práctica instaurada por los Bani Umayyah (la familia Omeya).

No es recomendable tomar alimentos deliciosos, sino más bien una comida sobria.

Debemos usar vestimenta pura (*tahir*) con las camisas remangadas hasta el codo como muestra de humildad.

La Risa y la búsqueda del placer están prohibidos en este día.

Es recomendable invocar 2.000 veces la maldición de Allah para los asesinos de Hazrat Imam Husain (P) con las siguientes palabras:

Dios mío, maldice a aquellos que han asesinado a Husain, la Paz sea con él.

En este día es recomendable ofrecer nuestras condolencias al Santo Profeta (PBd), Hazrat 'Ali (P), Hazrate Fatima (P), Hazrat Hasan (P) y demás Santos Imames (P), y recitar la ziarat de Hazrat Imam Husain (P) con lágrimas en los ojos y pesar en el corazón.

Aquel que en el día de Ashura se ocupa en el recuerdo y el

lamento, es recompensado por Allah con todo tipo de felicidades en el día del Juicio.

Ziarats

Ziarat de Ashura

En el nombre de Allah, el Clemente, el Misericordioso

La Paz sea sobre ti, ¡oh Aba Abdullah!

La Paz sea sobre ti, ¡oh hijo del Mensajero de Dios!

La Paz sea sobre ti, ¡oh hijo del Emir de los Creyentes e hijo del Señor de los Albaceas (del Mensajero de Dios)!

La Paz sea sobre ti, ¡oh hijo de Fatima, Señora de las mujeres de los mundos!

La Paz sea sobre ti, ¡oh deuda de sangre de Dios, e hijo de Su deuda de Sangre

y sangre perseguida para la venganza!

La Paz sea sobre ti y sobre todas las almas de aquellos que se han sacrificado junto a ti.

La Paz de Dios sea sobre vosotros eternamente, mientras yo viva y mientras existan la noche y el día.

¡Oh Aba Abdullah!. Verdaderamente tu sufrimiento es evidente e inmenso, e inmenso y evidente es tu sacrificio tanto

para nosotros como para todos los musulmanes.

Evidente e inmenso sacrificio en los cielos para todos los habitantes de los cielos.

Que Allah maldiga al pueblo que estableció las bases de la opresión y la tiranía sobre vosotros, ¡oh Gente de la Casa!.

¡Que Allah maldiga a las gentes que os expulsaron de vuestra posición y que os han apartado del lugar que Allah había establecido para vosotros y Allah maldiga a las gentes que os mataron y Allah maldiga a los que les facilitaron los medios que les permitieron luchar contra vosotros.

Por Allah y por vosotros me alejo de ellos y de sus seguidores y de sus compañeros y de sus amos.

¡Oh Aba Abdullah!. Ciertamente estoy en paz con quienes están en paz contigo y estoy en guerra contra aquellos que están en guerra contra ti hasta el Día del Levantamiento.

Y Allah maldiga a la familia de Ssiad y a la familia de Marwan.

Y Allah maldiga a los hijos de los Omeya, a todos ellos.

Y Allah maldiga al hijo de Maryanah.

Y Allah maldiga a ‘Umar hijo de Saad.

Y Allah maldiga a Shimr.

Y Allah maldiga a los que prepararon sus caballos y se taparon las caras para no ser reconocidos y comenzaron la guerra contra ti, para matarte.

¡Oh tu, por quien daría a cambio la vida de mi padre y de mi madre!.

Ciertamente es inmensa mi pena por ti por lo que le pido a Dios que eleve generosamente tu posición y, que por ti, eleve mi posición y me otorgue el honor de vengar la deuda de

sangre de tu muerte junto a un Imam victorioso de la Gente de la Casa de Muhammad, las Bendiciones de Allah sean sobre él y sobre su familia.

¡Oh Dios mío!. ¡Hazme honorable ante ti por Husain, sobre él sea la Paz, en esta vida y en la otra. ¡Oh Aba Abdullah!.

Ciertamente me acerco a Allah y al Mensajero de Dios y al Emir de los Creyentes y a Fatima y a Hasan y a ti, mediante el amor que te tengo y el odio que tengo hacia cualquiera de los que crearon las bases de tu martirio y establecieron su poderío sobre esas bases y permanentizaron la opresión y la tiranía sobre vosotros y sobre vuestros seguidores.

Me refugio en Allah y en vosotros de ellos.

Me acerco a Allah y a vosotros apoyándome en la obediencia que os tengo y que tengo a vuestros representantes y el odio que siento hacia vuestros enemigos y hacia los artífices de la guerra contra vosotros y en el odio a sus seguidores y acompañantes.

Ciertamente yo estaré en paz con quienes estén en paz con vosotros y estaré en guerra contra quienes os hagan la guerra y seré amigo de vuestros amigos y enemigo de vuestros enemigos. Por ello le pido a Allah que sea generoso conmigo, aproximándose al conocimiento de vosotros y de quienes son vuestros amigos y representantes y que me provea de odio contra quienes son enemigos de vosotros, y que me sitúe junto a vosotros en este mundo y en el otro, y que me establezca junto a vosotros con pasos fieles en este mundo y en el otro. Y le pido que me haga alcanzar la posición bendecida que tenéis junto a Allah, y que me otorgue el honor de vengar vuestra deuda, junto al Imam de la Guía, el Líder, el Reaparecido, el que predica con la Verdad.

Y le pido a Allah, basándome en vuestro derecho y en vuestras posición junto a Él, que me otorgue, a causa de mi sufri-

miento por vosotros lo mejor que se pueda dar al que sufre por Su sufrimiento.

Sufrimiento inmenso, como inmenso es el dolor de vuestro martirio en el Islam, y en los cielos y en la tierra.

¡Oh Dios mío, dame el estadio de aquellos a quienes envías Bendiciones, Misericordia y Perdón.

¡Oh Dios mío, Dame la misma vida de Muhammad y de la familia de Muhammad y hazme morir la muerte de Muhammad y de la familia de Muhammad!.

¡Oh Dios mío!. Ciertamente éste es un día bendecido gracias a los hijos de Omeya y al hijo de la comedora de higo, maldito hijo de maldita sea por Tu lengua y por la lengua del Profeta, la Paz de Allah sea con él y con su familia en cualquier lugar y situación en que Tu Mensajero haya estado, las Bendiciones de Allah sean sobre él y su familia.

¡Oh Dios mío!. Maldice a Abu Sufian y a Muawiyah y a Yazid hijo de Muawiyah, sobre ellos Tu maldición por siempre jamás.

Este es un día de alegría para las gentes de Ssiad y de Marwan por el martirio de Husain, la Paz de Dios sea con él. ¡Oh Dios mío!, dóblales Tu maldición y Tu castigo.

¡Oh Dios mío!. Ciertamente me acerco a Ti en este día y en este lugar y en todos los días de mi vida por medio de mi repulsa y maldición hacia ellos y del amor a Tu Mensajero y a la familia de Tu Mensajero sobre él y sobre su familia sea Tu Paz.

(Aquí es recomendable recitar 100 veces)

¡Oh Dios mío!. Maldice al primer tirano que oprimió a Muhammad y a su familia y al último de quienes les siguieron en ello.

¡Oh Dios mío!. Maldice a aquellos que han luchado contra

Husain y a los que les acompañaron y a los que aceptaron y siguieron a sus asesinos.

¡Oh Dios mío!. Maldícelos a todos ellos.

La Paz sea contigo, ¡oh Aba Abdullah! y sobre los seres que se han sacrificado por ti.

La Paz de Allah por siempre, de mi parte, mientras yo viva y existan la noche y el día.

Pido a Allah que no sea esta la última vez que vengo a visitarte.

La Paz sea sobre Husain y sea sobre 'Ali hijo de Husain y sobre los hijos de Husain y sobre todos los compañeros de Husain.

¡Oh Dios mío!. Maldice por mi, especialmente, al primer tirano en este asunto. Y esta maldición comienza con el primero y sigue con el segundo y con el tercero y con el cuarto sucesivamente.

¡Oh Dios mío!. ¡Maldice a Yazid en quinto lugar y a Ubaydullah hijo de Siiad e hijo de Martyanah y maldice a 'Umar hijo de Saad y a Shimr y a la gente de Abu Sufian, y a la gente de Ssiad y a la gente de Marwan hasta el Día del Levantamiento.

Se hace postración (*suyud*) y se dice:

¡Oh Dios mío!. La alabanza que invocamos en este luctuoso acontecimiento, es para Ti. Alabanza de siervos agradecidos.

Alabado sea Allah, por encima de este inmenso luto.

¡Oh Dios mío!. ¡Otórgame la intercesión de Husain en el Día de la Llegada!. Y consolida mi paso fiel junto a Ti con Husain y con los compañeros de Husain, aquellos que se han dado en sacrificio por Husain sobre él sea la Paz.

Ziarat Wariza

Dedicada a Hazrat Imam Husain (P) Señor de los Mártires

La Paz sea contigo, ¡oh sucesor de Adam, la opción de Allah!.

La Paz sea contigo, ¡oh sucesor de Nuh, el Profeta de Allah!.

La Paz sea contigo, ¡oh sucesor de Ibrahim, el Amigo de Allah!.

La Paz sea contigo, ¡oh sucesor de Musa, quien conversaba con Allah!.

La Paz sea contigo, ¡oh sucesor de Isa, Espíritu de Allah!.

La Paz sea contigo, sucesor de ¡oh de Muhammad, el Amado de Allah!.

La Paz sea contigo, ¡oh sucesor de 'Ali, Comandante de los Creyentes, la Paz sea con él!.

La Paz sea contigo, ¡oh hijo de Muhammad al Mustafa!.

La Paz sea contigo, ¡oh hijo 'Ali al Murtatha!.

La Paz sea contigo, ¡oh hijo de Fatimat az Zahra!.

La Paz sea contigo, ¡oh hijo de Jadiyah ul Kubra!.

La Paz sea contigo, ¡oh Mártir, por cuya sangre Allah reclama compensación, e hijo del Mártir, por cuya sangre Allah reclama compensación!.

¡Oh asesinado de cuyo asesinato y del asesinato de su familiares y amigos puede no ser vengado!. Testifico que mantuviste la oración, y pagaste el zaqat y ordenaste las acciones buenas y prohibiste las acciones pecaminosas, y obedeciste a Allah y a su Mensajero hasta el último aliento.

Así, Allah maldiga a la gente que te asesinó, y Allah maldiga a la gente que te oprimió, y Allah maldiga a la gente que supo de ello y estuvo complacida con ello.

¡Oh mi Maestro!

¡Oh Aba Abdullah!

Atestiguo que tu fuiste luz antes y durante la concepción.

Las impurezas de la era preislámica no pueden tocarte, ni su suciedad te afectó.

Atestiguo que en verdad, tú eres la columna de nuestra religión y el dirigente de los creyentes.

Atestiguo que eres Imam, virtuoso, que te guardaste a ti mismo contra pecado, que estuviste complacido al resignarte a la voluntad de Allah, que eres puro, que guiaste acertadamente y que fuiste divinamente guiado.

Atestiguo que en verdad los Imames que son tu progenie son la esencia del taqwa, los signos de guía, la cuerda fuerte de la religión y las pruebas de Allah para la gente del mundo.

Y hago a Allah, a Sus ángeles, Sus profetas y Sus mensajeros, testigos de que creo en vuestro Imamato, y vuestro afecto acompaña todo paso que doy en mi religión y toda acción que concluyo. Mi corazón está sometido al vuestro y mi tarea sigue vuestros mandatos.

Allah bendiga a todos vosotros, a vuestras almas y vuestros cuerpos, ya sean visibles o invisibles, ya estén presentes ya ocultos.

Ziarat para los Shuhada de Karbala

La Paz sea con vosotros, ¡oh amigos de Allah y Sus amados!

La Paz sea con vosotros, ¡oh elegidos de Allah y Sus siervos especiales!

La Paz sea con vosotros, ¡oh ayudantes del Mensajero de

Allah!.

La Paz sea con vosotros, ¡oh ayudantes del Comandante de los Creyentes!.

La Paz sea con vosotros, ¡oh ayudantes de Fatimat az Zahra, Señora de las mujeres de los mundos!.

La Paz sea con vosotros, ¡oh ayudantes de Abu Muhammad al Hasan ibn ‘Ali, el amigo de Allah y consejero de la gente!.

La Paz sea con vosotros, ¡oh ayudantes de Abu Abdullah (Husain)!.

¡Puedan ser nuestros padres y nuestras madres sacrificados por vosotros!.

Vosotros sois santos y puros, y la tierra en que estáis enterrados también se hizo santa y pura.

Y todos vosotros fuisteis exitosos y conseguisteis un tremendo éxito.

Desearía haber estado con vosotros y haber compartido vuestro éxito.

Ziarat para Abu al Fadl al Abbas

La Paz sea contigo, oh justo, oh obediente para Allah, Su Apóstol, y para el Comandante de los Creyentes y para Al Hasan y Al Husain, la Paz sea con todos ellos.

La Paz sea contigo y la Misericordia de Allah, Su perdón y Su Gracia están con tu alma.

Atestiguo y pongo a Allah por testigo de que has seguido las huellas de los luchadores de Badr y el resto de luchadores por Allah, quienes hicieron lo mejor al luchar contra Sus enemigos, sostuvieron a Sus hombres leales y protegieron a Sus amantes verdaderos.

Allah te otorgue la recompensa de aquellos que han cumplido su juramento de lealtad y han respondido a Su llamada y obedecieron a Sus fideicomisarios en la tierra.

Atestiguo que mostraste sinceridad en tu apoyo y ofreciste el máximo de tu esfuerzo.

Allah te rescite con los mártires y una tu alma con las almas felices.

Él te conceda de Su jardín, que tiene la más amplia morada y los mejores cuartos.

Él Haga tu condición alta en Illinyin y te le regocije con la compañía de los Profetas, los justos, los mártires y los hombres venerables. Y sin duda aquellos son los mejores mandados.

Atestiguo que no mostraste cobardía ni debilidad. Fuiste al frente (hacia muerte) con completo conocimiento de tu misión. Y haciéndolo así seguiste las pisadas de los hombres justos que obedecieron los Profetas.

Allah nos otorgue tu compañía y la compañía de Su Apóstol y de los siervos verdaderos.

Sin duda, Él es más Misericordioso de los Misericordiosos.

Ziarat de Arba'in

A realizar 40 días después de la jornada de Ashura, es decir el 20 de Safar.

La Paz sea sobre el íntimo de Allah y Su amado.

La Paz sea sobre el amigo de Allah y Su distinguido.

La paz sea sobre el confidente cercano de Allah e hijo de Su confidente cercano.

La Paz sobre Husain, el oprimido, el mártir.

La paz sobre el prisionero de las penalidades y el asesinado por los salvajes.

¡Oh Dios mio!. Ciertamente, yo atestiguo que él es Tu íntimo e hijo de Tu íntimo y Tu confidente cercano e hijo de Tu confidente cercano. El victorioso por Tu generosidad.

Tu le agraciaste con el martirio y le recompensaste con la felicidad, y escogiste para él una noble cuna, y le designaste el noble de los nobles y el líder de los líderes, el más grande entre los grandes.

Y le otorgaste la herencia de los Enviados.

Y le situaste a la cabeza de Tus regentes, como una prueba sobre Tu creación y una excusa para que la súplica sea aceptada, y donación sincera de consejo y guía y sacrificio generoso de su vida en Tu camino para salvar a Tus siervos de la ignorancia y de la confusión del extravío.

Y, con certeza, se ayudarán mutuamente contra él, quienes hayan sido cegados por esta vida mundanal, y quien haya vendido su cuota de bien por poco precio, y comprado el mal de la otra vida con gran perjuicio para él, y que se gira de espaldas arrogante y ha caído víctima de sus ansias, provocando Tu enfado y el de Tu Profeta, siguiendo a la gente de la discordia y la hipocresía, aquellos cargados con el pesado fardo de los pecados y condenados al fuego.

Pero él los combate contigo con paciencia, resignado a Tu voluntad hasta que, obedeciendo Tu deseo, fue derramada su sangre, y su familia tomada como botín.

¡Oh Dios mío!, máldícelos con una maldición poderosa y castígalos con un castigo doloroso.

La Paz sea sobre ti, ¡oh hijo de Mensajero de Dios!

La Paz sea sobre ti, ¡oh hijo del señor de los sucesores!

Yo atestiguo que tu eres aquel en el que Allah ha confiado, e hijo de aquel en el que Allah ha confiado. Que viviste felizmente y partiste de este mundo lleno de bendiciones y que moriste desposeído, oprimido y martirizado.

Yo atestiguo que Allah cumplirá la promesa que te hizo y destruirá a aquellos que te abandonaron y castigará a aquellos que te asesinaron.

Yo atestiguo que cumpliste tu compromiso con Allah y que te esforzaste en el camino de Allah hasta que Él te otorgó la certeza.

Allah maldiga, pues, a quienes te mataron, y maldiga a quienes te oprimieron, y maldiga a quienes lo escucharon y estuvieron satisfechos.

¡Oh Dios mio!. Se testigo de que yo soy amigo de quien es su amigo y enemigo de quien es su enemigo.

Doy a mi padre y a mi madre por ti ¡oh hijo del Mensajero de Dios!.

Yo atestiguo que tu fuiste una luz en los sublimes cuerpos de tus antepasados y en los vientres purificados de tus antepasadas. Que la ignorancia nunca te rozó con su impureza y nunca te vistió la ansiedad con sus ropajes

Yo atestiguo que tu eres uno de los soportes del Din y de los sostenedores de los musulmanes, refugio de los creyentes.

Y yo atestiguo que tu eres el Imam recto, devoto, satisfecho, puro, guiado, guía.

Y atestiguo que los Imames de tu descendencia son los símbolos de la devoción, los estandartes de la guía, el asidero firme y la prueba sobre la gente de este mundo.

Y yo atestiguo que creo en vosotros plenamente y se con toda certeza que habéis de regresar.

Yo tengo certeza de las normas del Din, y de mis obligaciones, mi corazón rendido al vuestro, y mis asuntos supeditados a los vuestros, y mis medios a vuestra disposición hasta que Allah os autorice (el regreso). Con vosotros, pues, con vosotros, no con vuestros enemigos.

Las bendiciones de Allah sean sobre vosotros y sobre vuestras almas y sobre vuestros cuerpos, sobre vuestra presencia y sobre vuestra ocultación, sobre vuestra manifestación y sobre vuestra intimidad.

Así sea ¡oh Señor de los mundos!.

Índice

| | |
|--|----|
| Relato del martirio de Imam Husain, de la Familia del Santo profeta y de sus partidarios | 5 |
| Acciones recomendables en la jornada de Ashura | 81 |
| Las oraciones prescritas para la noche de Ashura | 81 |
| El día de Ashura | 82 |
| Ziarats | 85 |
| Ziarat de Ashura | 85 |
| Ziarat Wariza | 90 |
| Ziarat para los Shuhada de Karbala | 91 |
| Ziarat para Abu al Fadl al Abbas | 92 |
| Ziarat de Arba'in | 93 |

Biblioteca Islámica Ahlul Bait (P)

www.biab.org
correo@biab.org

Relato del martirio de Imam Husain, de la Familia del Santo Profeta y de sus partidarios | Ibrahim Husain Anger

Relato del martirio de Imam Husain, de la Familia del Santo Profeta y de sus partidarios

Ibrahim Husain Anger